El Hotel de Greenland

Y no hubieron culpables... ¿o sí?



Benjamín Campoverde

Copyright © 2026 Benjamín Campoverde

ISBN: 9798181216013

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares reales es mera coincidencia.

Se terminó de escribir el 11 de junio de 2026

Primera edición (Perú): junio de 2026
Publicado por: Benjamín Campoverde

Índice

CAPÍTULO I: La vida de Mau
CAPÍTULO II: El Hotel de Greenland
CAPÍTULO III: El congreso de Finburg
CAPÍTULO IV: El señor Belimir
CAPÍTULO V: La naturaleza de aquel lugar
CAPÍTULO VI: Bianca y Daniela
CAPÍTULO VII: El hombre de aspecto alemán
CAPÍTULO VIII: La primera reunión
CAPÍTULO IX: El señor Belimir, parte 2
CAPÍTULO X: El primer congreso de Finburg
CAPÍTULO XI: La segunda reunión
CAPÍTULO XII: El señor Belimir, parte 3
CAPÍTULO XIII: La tercera reunión
CAPÍTULO XIV: Sir Pavlov
CAPÍTULO XV: La charla con Belimir
CAPÍTULO XVI: El mesero, parte 1
CAPÍTULO XVII: El segundo congreso de Finburg
CAPÍTULO XVIII: La enfermera
CAPÍTULO XIX: El mesero, parte 2
CAPÍTULO XX: Mau y sir Pavlov
CAPÍTULO XXI: La última reunión
CAPÍTULO XXII: Los tres presentes, los cuatro ausentes y el fin

CAPÍTULO I: La vida de Mau

Temprano por la mañana, aunque no lo suficiente como para decirse que fue de madrugada, Mau se levantó de la cama. El día estaba nublado, pero la temperatura exterior, pensó, no era tan incómoda, no era tan caliente para aturdir ni fría como para enfermar. Estiró las piernas y la espalda que aún no terminaban de entenderse del todo con la realidad de haber tenido que salir de la cama, cogió la ropa que había seleccionado el día anterior y se metió en la ducha. En cuanto salió, su hermana esperaba en la mesa con el desayuno listo.

—Buenos días Lu.

—¡Buenos días!

Su hermana siempre había tenido mucha chispa, ya desde que eran pequeños se hacía notar como la energética de la casa.

—Sabes, ayer por la noche mientras organizaba mi semana recordé que ya no falta nada para tu cumpleaños ¿Ya has pensado en qué harás? —le preguntó ella.

—Pues no, pero como siempre, espero que seas tú la que me prepare algo.

En efecto, Lucía, su hermana, siempre se había encargado de que Mau quedase absolutamente complacido con las celebraciones que le organizaba. El año pasado ordenó una barra libre de comida japonesa y se empeñó en invitar a todos sus amigos. Hace dos años

organizó un pequeño viaje con la familia, y tres años atrás fueron a un concierto de música clásica. Este año, de igual manera, ya estaba todo pensado. Había hecho una reserva en el mejor restaurante de la ciudad, irían familiares y amigos.

—No se supone que a los treinta y cuatro años sigas esperando a que tu familia te organice el cumpleaños —dejó pasar un momento y añadió— pero lo haré con gusto.

Después de decir esto arrimó una de las sillas, haciendo ademán para que Mau se sentara.

—¿Me esperas? Quiero ir a comprar las cosas que me faltan para el congreso, así puedo terminar de empacar justo después de desayunar.

—¡Pesado! ¡Me traes una de esas galletas dulces con chocolate! —le respondió.

Después de comprar las cosas, ambos empezaron a desayunar juntos. De pequeños, su madre no les permitía tener un televisor en la cocina, pero cuando se mudaron a ese piso resultó que la cocina ya venía con uno, y la norma nunca llegó a impregnarse tanto en sus hábitos como para empeñarse en quitarla. Ahora era una tradición tomar desayuno con las noticias puestas, en la comida la apagaban y en la cena comían en el sofá de la sala, normalmente viendo alguna película. El conductor de las noticias era un hombre relativamente joven, como de unos cuarenta años, y vestía formal, sin llegar al tono de elegante. El sonido que hacían las noticias no solía ser punto de interés para ellos, sino solamente un acompañante para hacer más llevadero el desayuno. Sin embargo, esta vez, una de las noticias tuvo un énfasis que la llevó a sobresalir de entre las demás, estaban comentando sobre el congreso por el que Mau saldría temprano al día siguiente, y para el que había tenido que hacer esperar a su hermana.

El presentador aclaraba —*El congreso de Finburg, un importante congreso internacional, empezará mañana por la tarde en el hotel de Greenland, y durará tres días. Los organizadores del congreso escogieron esta sede en búsqueda de prevenir otra catástrofe como las ocurridas en los dos años anteriores. Recordemos que las investigaciones por lo ocurrido en la primera edición fueron dadas*

por concluidas, mientras que las del año anterior resultaron desestimadas por falta de pruebas. Con todo, los altos directivos del congreso ya han expresado su tranquilidad respecto a esta tercera edición, para la que dicen haber considerado muy a fondo los incidentes previos.

—Es por todo el asunto de la seguridad y eso, ¿cierto? —preguntó Lucía.

—Pues sí, aunque con dos años de lo mismo no creo que nadie quiera morir esta vez. Voy a ser el único al que se le ocurrirá ir. Estaré solo un día, luego me iré —dijo Mau, que estaba poco preocupado, pero verdaderamente agobiado por tener que empeñarse en empacar.

El congreso anual de Finburg, parece haberse convertido en un blanco perfecto para la locura. Este año, la dirección del congreso escogió a Greenland por obtener la fama de ser un hotel con un sistema de seguridad infalible. En muy poco tiempo de existencia ya había albergado a siete presidentes, un papa y noventa y ocho cancilleres de cada rincón del mundo. Teóricamente, nada podría entrar en aquel hotel, con protocolos perfectamente calculados, trabajadores del más alto nivel de preparación y un perímetro de bosque muy denso que haría sumamente complicado irrumpir en el hotel. ¿Qué había pasado en los últimos 2 años? Nadie lo sabía, ni siquiera aquellos trabajadores que estuvieron presentes en las tragedias. A los participantes no se les podía preguntar nada, pues ninguno había sobrevivido. Y en cuanto a los empleados, aquellos que aún sobrevivían no eran capaces de declarar nada, pues, en su totalidad, habían dejado los congresos antes del inicio del caos. Era como si se hubiese desatado un loquerío enorme: empujones, golpes y personas aplastadas sin motivos aparentes.

Lo que sí se sabía era que, en Greenland, nada de esto debería suceder, y que cada persona que pensaba asistir al congreso de este año deseaba que, verdaderamente, todo sea tan pacífico como el hotel así lo prometía. Pasaron tres meses desde que los directivos escogieron Greenland como sede hasta que el congreso empezó, fue un tiempo en el que cada potencial movimiento de los invitados había sido metódicamente estudiado. ¿Qué pasaría si alguien toma

de más? Se le vetaría, y la puerta de su cuarto sería bloqueada por veinticuatro horas, tiempo en el que se le pasaría la resaca. ¿Y si dos personas empezaban a pelear a golpes? Sus salas serían cambiadas y ambos dejarían de compartir lobby. Pero, ¿y si algún empleado del hotel atentaba en contra de un participante? Para trabajar en Greenland debías tener un perfil profesional y personal impecable, además de haber sido recomendado por alguna institución de prestigio, como una universidad de renombre o una empresa importante. Además, los roles esporádicos, como controlar la apertura de puertas, la revisión de pasillos o la limpieza de los baños estaban asignados aleatoriamente a otros empleados que nada tuviesen que ver con dichos encargos, como enfermeras, policías, meseros, etc. Ninguno de los trabajadores se enteraría de su rol asignado hasta unas horas antes de que deba hacerlo.

Las personas que asisten al congreso de Finburg son todas iguales; *personas serias y rígidas, de gran porte, cuya definición de éxito yace en aumentar su patrimonio y su poder, sin importar que alguien salga perjudicado por lograrlo. Resultaría imposible encontrar a alguien que tenga un peinado sin gel, con la línea muy definida, o amarrado al punto de tensar cada cabello en el caso de las mujeres. Todos llevan trajes caros y maletines totalmente negros. Además, siempre caminan, posan, miran y hasta respiran de manera estructurada. Algunos también llevaban boinas.*

CAPÍTULO II: El Hotel de Greenland

Mau llegó al hotel exactamente a las dos de la tarde, haciéndole caso a lo que decía la invitación que había recibido:

En la puerta 1 (la del lobby central), a las 12:30 de la tarde. Para empezar con el itinerario.

Había salido de casa a las tres de la mañana, muy adormilado y enojado por el difícil horario en el que había sido programado su vuelo. Definitivamente no le iban bien las madrugadas. Una vez, cuando era joven, tuvo que despertarse a medianoche porque un amigo suyo le pidió ayuda en la redacción de un ensayo literario que debía presentar en la universidad al día siguiente. El asunto es que, a pesar de haber dormido una buena cantidad de horas, tuvo un día muy pesado. He aquí la cuestión: no era un día libre, vaya que la anécdota habría quedado en el olvido si esto hubiese ocurrido un domingo. De hecho, le gusta pensar en que ese habría sido el día más productivo de su vida. Su horario, que lo había pensado el día anterior, dividía el día en siete horas de estudio, otras siete al trabajo, y el resto a dormir. Terminó estando cinco horas acostado, abatido por la migraña, y otras cinco dormido.

Esta vez no tenía un horario tan congestionado, pero viajar con dolor de cabeza no era una idea apetecible. El viaje fue relativamente cómodo, todo empezó con una caminata hasta el metro, que fue algo pesada por la gran maleta que llevaba, aunque ligera por la poca gente que había. Luego llegó a la estación del aeropuerto, donde no tuvo problema para dejar su equipaje en bodega y pasar los siempre frustrantes controles. Un momento más tarde ya estaba abordando el avión, en donde para suerte suya, el pasajero que debía estar sentado a su derecha no llegó. Ya a medio vuelo le ofrecieron abundante comida, pero de esto se enteró no en el vuelo mismo, sino al aterrizar, cuando escuchó a una familia comentar el sabor de la pasta que habían ofrecido. Mau durmió todo el vuelo, y no se enteró ni siquiera del despegue.

El hotel de Greenland no estaba lejos del aeropuerto, pero sí era necesario tomar un taxi. Le costó un momento encontrar la puerta correcta, aquella que se llamaba "recojo". Lo primero que notó al salir a la intemperie fue el aire fresco y húmedo. El conductor del taxi era bastante conversador, pero él venía muy cansado, así que solo atinó a responder con monosílabos. No fue una conversación productiva, aunque tampoco es que tuvieron mucho tiempo para tenerla. La entrada al hotel era muy atractiva; había un gran bosque, muchos jardines y, curiosamente, coches de golf, con los que la gente se movía de un lugar a otro. Avanzaron unos tres minutos hasta llegar a la puerta uno (la del lobby central). Bajó del coche y se dio cuenta de que, como lo había imaginado ese día con su hermana, no había nadie. Había unos treinta empleados del hotel listos para recibir una oleada entera de clientes importantísimos, pero Mau sabía que aquellos empleados tendrían, posiblemente, el día más libre en su vida profesional. El lobby central era impresionante, lo primero que se veía al entrar era una cantidad exageradamente grande de cosas, y la amplitud del lugar no tardaba en hacerse notar. Predominaba un olor sumamente agradable, muy característico de todo hotel de lujo, así como la combinación de madera y blanco. La mayor parte del espacio era de mucha altura, y en medio había una gran viga de madera oscura de la que colgaban tres grandes luminarias circulares. Rodeando el lobby desde lo alto,

había grandes balcones con barandas de cristal y decoradas con acabados de mármol, mismo material del que estaba construido todo el suelo. La recepción no alcanzaba a verse desde donde él estaba, así que se adentró aún más en el inmenso lugar. Por fin, a la derecha, notó varios separadores de terciopelo oscuros que formaban el orden de tres filas, y en el final, un mostrador con bordes de madera, con la pared trasera llena de espejos de diferente profundidad y con variadas curvaturas. El techo, además, seguía el patrón de una ola formada por muchas bombillas en forma de gotas de agua. En ese momento notó que ya varios trabajadores se habían percatado de su presencia, y empezaban a presentarse a él con bastante elegancia.

Siguió con el plan pensado, estar ahí solo un día, y cuando las autoridades del congreso se impresionasen con su asistencia, marcharse diciendo que tenía muchísimas cosas que hacer y que su agenda no le permitiría quedarse en el hotel sin hacer nada. Se acercó a la recepción y fue atendido por un hombre de aproximadamente cuarenta años, quien le explicó dónde estaban las cosas que necesitaría durante su estadía. Luego se agachó y le entregó un folleto que incluía un gran mapa de todo el hotel, en el que verdaderamente se veía enorme. Cuando terminó de mostrarle todos los ambientes fuera del lobby, dio la vuelta al papel y apareció el mapa, esta vez, del interior del lobby en el que estaban. Para llegar a su habitación tenía que caminar hacia el lateral de la sala mayor del lobby, la del techo alto, y ahí podría tomar el ascensor para subir un solo nivel, pues coincidentemente su habitación era la número dos, de modo que no tendría que caminar mucho. Entonces se encaminó hasta su habitación. Uno de los empleados lo ayudó empujando su maleta, así que Mau tenía menos distracciones que pudieran privarlo de anonadarse con la preciosa arquitectura que exponía Greenland. Cuando se abrió el ascensor quedó completamente estupefacto al notar que el pasillo de las habitaciones era gigantesco, con casi seis metros de anchura y lo suficientemente largo como para tener problemas en distinguir dónde terminaba. No dieron muchos pasos hasta que quien llevaba

su maleta mencionó que ya habían llegado, y dejó el equipaje frente a la puerta correspondiente.

En esto, Mau se percató de que estaba al lado de la que aparentemente era la habitación más grande del hotel, pero justo antes de entrar a su dormitorio, se fijó en que la puerta de aquella enorme habitación, al igual que en todas, estaba entreabierta. Le quitó importancia, entró a la suya y cerró la puerta con llave. Al entrar, además, notó que sobre su cama estaban las llaves de su puerta. Se sentó en la cama, y antes de hacer otra cosa, pensó que no pasaría nada si le daba un rápido vistazo a la enorme habitación del costado, que además era la número uno, y que parecía ser una suite presidencial. Prontamente concluyó en que era una tontería, pero la idea ya estaba sembrada, así que, pocos minutos después se encontraba husmeando en habitación ajena. Dentro tenía dos baños, un balcón del tamaño de la habitación entera de Mau, y sobre la cama, una carta dirigida a un tal Belimir. Notó que, evidentemente, dicha habitación no era para un invitado ordinario, seguramente era de alguna autoridad, aunque ciertamente todos los participantes eran autoridades en los lugares de los que venían. Al salir de la habitación cerró la puerta para que nadie sospechase que había estado ahí, luego caminó hasta una de las grandes áreas comunes para revisar algunos archivos que había llevado consigo. Uno de ellos era la carta de invitación, que abrió y releyó:

En la puerta 1 (la del lobby central), a las 2:30 de la tarde. Para empezar con el itinerario.

—¡Dos y media de la tarde! —exclamó Mau, a pesar de que nadie lo estaba escuchando.

¿Cómo podía haberse equivocado de esa manera? Seguramente había leído mal la invitación la primera vez. Había confundido el dos con un doce.

En esto, ya eran casi las dos de la tarde, y pensó que lo mejor sería volver a su habitación y dedicar un rato a repasar los últimos avances que se tenían sobre las reuniones, pero cuando fijó la

mirada en la entrada de su dormitorio no tardó en sorprenderse, había un carrito de limpieza frente a ella.

—Disculpe, acabo de llegar… —empezó Mau.

—Uy… —se sorprendió la señora de limpieza que estaba de pie justo frente a su puerta— Buenas tardes. Disculpe, creía que estarías fuera un poco más de tiempo, ocurre que nuestro horario de limpieza es a esta hora, y como la habitación había sido ocupada, nuestro sistema mostró que debíamos limpiarla desde ya.

A primera vista la organización que había sido prometida en las noticias no iba a fallar, o al menos no el primer día. Limpiaron, pues, su habitación, y en cuanto terminaron, entró y empezó a hacer lo que tenía pensado. En cuanto dieron las dos y media, empezó a escuchar un ruido penetrante que venía del lobby, parecía el sonido de un hotel saturado de gente, así que bajó a ver qué pasaba.

Tal y como sonaba, había llegado una muchedumbre inmensa de *personas serias y rígidas, con gran porte. Resultaba imposible encontrar a alguien que tenga un peinado sin gel, con la línea muy definida, o amarrado al punto de tensar cada cabello en el caso de las mujeres. Además, siempre caminaban, posaban, miraban y hasta respiraban de manera estructurada. Algunos también llevaban boinas.* Prefirió no asomarse demasiado porque el resto de participantes se darían cuenta de que uno de ellos había llegado con una absurda antelación. Entró a su cuarto lo más rápido que pudo, cerró la puerta y evitó hacer cualquier mínimo ruido, de ese modo nadie podría notar que en aquel cuarto alguien había llegado, de manera ridícula, a deshora. Poco a poco empezó a escuchar que, en el pasillo, la gente empezaba a buscar sus habitaciones. Unos quince minutos después, cuando ya no se oían ruidos afuera de la habitación, se oyó una voz que venía de los parlantes que había repartidos en todos los pasillos del hotel.

—La comida de hoy será en el Vivaldi, en el lobby siete.

Mau no tenía idea de dónde estaban las cosas en el hotel, lo único que hasta el momento había memorizado era el camino que llevaba del lobby a su habitación. Por suerte, había un folleto sobre su cama, ahí había un mapa completo del hotel que estaba distribuido por números y letras, y el restaurante que antes habían

mencionado por el parlante era la letra "o". Según el mapa, el restaurante estaba cerca, era cuestión de caminar unos cuantos minutos hasta cruzar las piscinas, entonces vería dos edificios, y el restaurante estaría en el de la derecha. Salió, así, de su habitación, y empezó a caminar con el mapa a la altura de su estómago. Al salir al pasillo, vio que había otro carrito de limpieza frente a la habitación cuatro, y escuchó que uno de los conserjes le decía a otro:

—Derramó vino sobre la alfombra.

Caminó hasta pasar las piscinas y entrar en el edificio de la derecha, pero se sorprendió cuando notó que, allí donde estaba, solo veía habitaciones. Pensó que tendría que buscar mejor, sin embargo, aun con todo, no encontró nada. Le preguntó a uno de los que trabajaban limpiando el lugar, y este le respondió diciéndole que el restaurante no estaba en la letra "o" del mapa, sino en el número cero. Pensó en ir corriendo hasta el restaurante porque ya era algo tarde, pero se arrepintió por dos motivos, primero porque sudaría, y segundo porque recordó aquello de que llegar diez minutos tarde era cuestión de elegancia. Se decidió por dar una caminata tranquila, en la que, además, aprovecharía para conocer mejor el hotel, pues hasta ese momento solo había dado vistazos rápidos.

Mientras caminaba empezó a pensar en que lo mejor sería reacomodar sus planes. Ya no era favorable retirarse al día siguiente, seguramente quedaría muy mal con los organizadores, lo mejor, en cambio, sería permanecer ahí hasta que parezca conveniente. Pero sabía que no debía dejar de estar al pendiente por si la esperable tragedia volvía a incitarse. Ahora, además, por primera vez en el viaje, se preguntó qué era aquello que se había salido de control en las reuniones anteriores. Sea lo que sea, la primera comida sería una buena oportunidad para conocer un poco al resto de asistentes. Cuando llegó al restaurante ya estaban todos sentados. Disimuladamente, buscó una mesa que tuviera algún espacio vacío, y entonces vio que, en una de las mesas para dos personas, había solamente un hombre. Aquel hombre tenía un aspecto alemán, era alto, canoso, serio y, lo que más le llamó la atención, bebía agua con sofisticada tranquilidad. Se le acercó y le preguntó si el lugar estaba

ocupado. A lo que el hombre respondió moviendo la cabeza en señal de negación, así que se sentó.

—Buenas tardes —dijo Mau con una sonrisa.

El hombre de aspecto alemán lo miró extrañado, era como si su saludo hubiese sido vulgar, o algo parecido.

—¿Bonito lugar, cierto? —insistió Mau, aun sonriendo.

El momento era cada vez más incómodo: o el hombre estaba enojado, o había tenido un mal viaje; o ambas, quizás la segunda había ocasionado la primera.

—La primera regla de este lugar —dijo el hombre— es no hablar con nadie.

En ese momento, Mau se percató de algo que, ciertamente, era muy significativo: nadie en todo el restaurante decía una sola palabra, las únicas voces que se escuchaban eran las de los meseros anotando comidas. Resultaba extraño que no se haya percatado de aquello antes, muy posiblemente fue de ese modo porque aún estaba agotado por la larga caminata.

—La segunda es que, en este lugar, estás tú solo —aclaró el hombre.

¿Qué era esto?, ¿en dónde se había metido? Tuvo una comida que, en sentimiento, fue excesivamente larga. Por supuesto, en realidad no lo fue tanto. Con cada instante su frustración aumentaba más y más, ¿qué era lo que causaba que un grupo de personas, tan aparentemente tranquilas e incapaces de caer en la locura, llegasen al punto de crear un desorden tan grande como el de los últimos dos años? De la nada, nada sale, pues de la calma no puede nacer el alboroto. Por otro lado, la comida era realmente extraña, el postre fue una bolsa con pasas en ella, o algo parecido a pasas. Decidió guardarla en su bolsillo para regalársela a alguien más tarde, así lograría que, mínimamente, una persona en el hotel entable una conversación con él. Ciertamente, si nadie le dirigía la palabra, la locura no estallaría en el hotel, sino en su cabeza.

Cuando era joven, conoció a una persona muda, con quien rápidamente se encariñó. Siempre le costó entender a estas personas, así que le surgió hacer el experimento de, fingiendo una gripe, pasar una semana entera sin hablar. Se dio cuenta de lo

siguiente: las personas le prestaban más atención de lo habitual, posiblemente por la novedad de no hablar, más que por la condición en sí. Asimismo, descubrió que habían personas que tenían una sorprendente habilidad para leer labios, realmente asombrosa. Por supuesto, Mau nunca les dijo a quienes lo rodeaban que estaba haciendo un experimento. Más allá de eso, lo que más recuerda es lo difícil que fue no decir una sola palabra durante tanto tiempo.

CAPÍTULO III: El congreso de Finburg

No pasaba un solo día sin que Bianca se preguntase qué sería de su amiga, de Daniela. De alguna manera jamás se le había ocurrido pedirle alguna forma de contactarla, un número, una dirección o algo similar. Lo más seguro sería que ya no volviesen a organizar nunca un congreso, nadie querría ir, y aunque lo hiciesen, sería casi seguro que Daniela no iría. Ella, pues, había asumido que nunca más volvería a verla. En el último año Bianca ya había comenzado a trabajar en el mercado laboral, y había conseguido un buen puesto dentro de un centro de rehabilitación, uno de los más prestigiosos del país. En parte, participar en dos congresos le había dado no solo prestigio por lo que en sí supone, sino también cierta fama por haber participado en dos eventos que resultaron en catástrofe. Durante el año, muchos noticieros la buscaron para entrevistarla, todos querían saber qué cosas fuera de lo común había visto la enfermera de los congresos, pero ella aclaró sin cansancio que nunca vio nada extraño. Además, en todas las entrevistas decidió guardarse la petición que le había hecho el presidente de abandonar el congreso antes de que termine. Lo mejor sería guardarse esa información, por si ella misma, o alguno de sus colegas, era invitado de nuevo.

Fuera del ojo público, su vida se había vuelto bastante tranquila, pasaba la mayoría de desayunos y cenas en casa, con sus padres. La mayor parte del tiempo atendía en el centro de rehabilitación, aunque tampoco le faltaban tiempos libres, en los que solía pasarla con amigos. Poco tiempo después de que terminase el segundo congreso conoció a Leonard. Él estudiaba periodismo, y uno de sus proyectos fue entrevistar a la enfermera que había logrado salir con vida de los dos congresos de Finburg. La entrevista consistía no en un video, ni en una transmisión televisiva, sino una toma de testimonio, para luego redactarla en el periódico. Inicialmente quedaron para reunirse en un café, y allí estuvieron hablando un par de horas, en las que Leonard tenía una hoja repleta de preguntas que había pensado hacía varias semanas. Eventualmente la hoja se terminó, y en este momento la conversación se tornó mucho más familiar y espontánea. Por supuesto, Leonard no era todavía un periodista formado, y ella no tardó mucho en notarlo. La conversación se despistó completamente, no solo en cuanto al tema, sino porque además era Leonard quien muchas veces terminaba respondiendo a sus propias preguntas. Esto a ella le causaba bastante gracia. Pasó una hora más y se acercó uno de los meseros del café a pedirles que se retiren, pues el lugar cerraría en cinco minutos. Ella llamó a su madre y le preguntó si podrían ir a su casa a terminar con la entrevista, aunque de esto último ya poco tenía. Caminaron hasta la calle y llamaron a un taxi, que finalmente los llevó hasta su casa. Allí, su madre los esperaba con dos copas de vino y una tabla de bocadillos. En esto las madres son perspicaces. Hablaron hasta casi la medianoche, y al día siguiente volvieron a quedar. Leonard publicó el proyecto, y ella se lo contó a su madre, entre otras cosas porque era la única entrevista en la que se lo había pasado bien. Su madre tenía en claro que esto había dejado de ser un proyecto desde hacía varias horas de conversación. Ellas, las madres, suelen conocer mejor las intenciones de sus hijos que ellos mismos. Dos semanas más tarde, Leonard le pidió comenzar una relación, y ocho meses más tarde, ya con Leonard graduado, pidió su mano. Ese día organizaron un almuerzo en su casa a modo de celebración, la mesa estaba repleta de comida, toda la familia había

ido a su casa para felicitarla y acompañarla. Entonces, mientras comían, alguien llamó a la puerta.

—Yo abro —dijo la madre.

Y tras abrir la puerta e intercambiar algunas palabras gritó:

—¡Hija, es para ti!

Ella se acercó a la puerta y saludó gustosamente a quien la buscaba, quien además se veía muy elegante, por no mencionar que era una persona mayor, imponiendo un notorio respeto.

—¿Es usted Bianca Favre? —preguntó aquel hombre.

—Sí, sí, soy yo.

—Me presento, soy Pierre Langevin, represento al congreso de Finburg. Me han pedido entregarte esto.

Extendió su mano y le entregó un sobre negro.

—Es una invitación para participar en el tercer congreso de Finburg.

En aquel momento, volteó a ver a su madre, que se había apresurado en volverse a mirarla antes.

Luego de un silencio bastante corto, le devolvió el sobre al hombre que estaba en la puerta.

—¿Qué día empieza?

—El último miércoles de este mes.

—No necesito ver la invitación, estaré ahí, y me iré antes del fin del congreso.

—Sin intención de entrometerme, ¿cómo sabe usted que no debe permanecer hasta el final?

—Pues ya lo ve, sigo viva.

El hombre permaneció pensativo un momento, y luego, dándose la vuelta le dijo:

—Hasta luego, y mucha suerte.

Bianca cerró la puerta, caminó hasta el comedor y se sentó en una de las sillas, apoyando su cabeza en uno de sus puños cerrados, que, a su vez, se apoyaba en la mesa. Su madre se acercó a ella, y le tomó el hombro.

—Lo que sea que pase en ese congreso, ¿entiendes que, aunque no mueras, serás un foco para el mundo? Hasta ahora, ya has sido una persona mediática, aun cuando a los dos congresos a los que

fuiste seguías siendo una estudiante. Cuando regreses eso cambiará, los medios no dejarán de seguirte.

—Lo sé mamá, pero ya he estado muy cerca, varias veces, de toda esa gente. Yo conviví con todos los que murieron. Tal vez no pueda hacer nada, pero si puedo salvar a uno, simplemente a uno, me bastaría.

…

Llegó el último miércoles del mes. Bianca entró al hotel de Greenland el miércoles por la mañana, unas horas antes que los participantes del congreso, pues así estaba estipulado para los trabajadores. En esta ocasión, el congreso había contratado transportes particulares, cada uno vigilado y protegido. Además, era claro que la intención de los organizadores era la de proteger a cada uno de los participantes. El hotel aturdiría a cualquiera. Era excesivamente grande, amplio y resguardado. A diferencia de otros años, el sistema de organización tenía un nivel de detalle casi exagerado, todo parecía estar pensado para no terminar en caos.

Aún pensaba en todo esto cuando el coche en el que viajaba se detuvo y sus puertas se abrieron. Cuando bajó, el clima era agradable, con sol, pero sin que haya un calor sofocante, un día típico del inicio de la primavera. La puerta del lobby principal estaba a simple vista, en donde, además, asumía que estaría la enfermería. Entró al lobby, y no tardó en darse cuenta de que aquella estaba cerrada. Entonces, un hombre en traje se le acercó y le preguntó:

—¿Buscas algo?

—Sí, hola. La enfermería.

—Ah, mucho gusto Bianca, soy el administrador del edificio central. La enfermería está en obras temporalmente, y estará funcionando en el lobby tres. Avisaré que ya llegaste, para que no tengas problema entrando.

—Sí, de acuerdo.

Bianca no tenía idea de dónde estaba el lobby tres, pero el coche que la había traído seguía en la entrada, así que le pidió al conductor

que la llevase. En el camino, aprovechó para preguntarle al conductor dónde estaba su habitación, que resultó estar en el segundo lobby, de manera que no tendría que caminar tanto.

—¿Usted no teme otra catástrofe? —le preguntó ella.

—¿Ha visto toda la seguridad que hay? Vivir otra catástrofe sería imposible. La primera vez, nadie se imaginaba que algo así podría ocurrir, y la segunda, que podría ocurrir dos veces. Sin embargo, esta vez, ya hemos visto el peor escenario, y sabemos que puede ocurrir varias veces. Es imposible que alguien se arriesgue a cometer alguna estupidez —concluyó.

—Ya, pues, aunque sea por precaución, le recomiendo irse de aquí antes de lo que tiene pensado. Uno nunca sabe.

—Podría pensarlo, pero ya debe tener una idea de cuánto pagan por venir, seguro que, si no, no estarías aquí. Yo en un solo día de trabajo aquí, cubro lo que no podría en dos semanas.

Efectivamente, a Bianca le estaban pagando mucho, pero la condición de su familia le permitía evitar el sesgo económico. No hay salario que pueda superar la vida, pero desafortunadamente esto es algo que, en muchos casos, solo aquellos que ya lo tienen son capaces de entender.

—Le haré una pregunta un poco macabra, pero no me malentiendas, por favor —le dijo el hombre —¿no tendrías curiosidad por ver una tragedia desde dentro?

Su pregunta la dejó perpleja. La mayor sorpresa no fue la pregunta, pensó, sino el que no le hubiese resultado tan macabra.

Sea como fuere, estaba allí por dos motivos, volver a ver a Daniela, y entender las tragedias. Pero… bueno, ¿por qué no?, verlas desde dentro.

…

Un momento después, por fin llegaron al lobby tres, el de la enfermería. Se abrieron las puertas, y entonces vio a alguien vestido igual a quien la había recibido en el lobby principal.

—¿Hola, sabes dónde está la enfermería?

—Bianca —le respondió, haciendo notar que ya estaba esperando a la enfermera hacía un rato —sí claro, sígueme.

En cuanto llegaron, se percató de que la enfermería era bastante más reducida que en años anteriores, pero esto no le importaba demasiado. Mientras organizaba sus cosas, notó una computadora sobre el escritorio, misma en la que debería registrar a todos los pacientes que pasen por su servicio. Esto era nuevo, pero tampoco era problemático, teniendo en cuenta que sabía la poca cantidad de pacientes que recibiría. Rápidamente abrió la computadora, pausando su actividad de acomodarse en el lugar, y abrió la lista de participantes, donde todos aparecían en color gris, lo que denotaba que aún no se presentaban en el hotel. La lista no tenía un buscador, la única manera de encontrar a alguien era por orden alfabético. Así, empezó a bajar hacia la letra D, y cuando estaba por llegar, la página se actualizó, pues, aparentemente, había llegado el primer participante.

Cosa rara, pensó para sí misma, ¿tan temprano? Tuvo que empezar de nuevo, desde arriba, hasta que encontró a Daniela:

"Daniela Marie Dipetta".

La alegría que sintió en ese momento fue absolutamente gratificante, podría contarle a su amiga todo, incluso de su compromiso con Leonard. Luego siguió guardando sus cosas en el poco espacio que tenía, aunque realmente no eran demasiadas, pues lo fundamental ya estaba dado por el hotel. Resultaba curioso, y ciertamente aterrador, que la enfermería estaba llena de medicinas e instrumentos para problemas exageradamente graves. No solo había típicas medicinas y objetos médicos tradicionales, con los que se alivian los síntomas de algo sencillo, como un resfriado o un dolor de cabeza, sino que el lugar estaba preparado para abordar una cirugía, e incluso como sala de electroshock.

En este punto, los sentimientos de ilusión y curiosidad ya habían desaparecido, mismos que habría tenido cualquier enfermera joven en una sala como esa, y ahora solamente quedaba la firme seguridad de que nada de lo que había allí era una simple

precaución; era un plan de acción muy premeditado. De cualquier modo, sabía que muy pocos, o nadie, necesitaría de su atención. Es así que empezó a indagar en el ordenador. Rápidamente le llamó la atención que todas las funciones normales estaban bloqueadas, únicamente era útil para ver la lista de los participantes, alergias y prescripciones médicas.

Algunos momentos después, mientras seguía perdiendo el tiempo en la pantalla, apareció en la enfermería un hombre, trabajador del hotel. Él le dijo que debía explicarle cómo funcionaría todo en esos días. Lo primero que le aclaró fue el horario de inicio y de fin, debía abrir la enfermería a las 7:15 a.m., para lo cual tendría que llegar cinco minutos antes para prepararlo todo. Luego le explicó que, durante las comidas de los participantes, ella debía permanecer en la enfermería, específicamente por el riesgo de algún atragantamiento o alergia no alertada. En tercer lugar, recalcó la necesidad de no abandonar su puesto en ningún momento del día, pues la vida de personas de mucha importancia a nivel global podría depender de que ella hiciese bien su trabajo. Finalmente, se empeñó en explicar asuntos protocolares, desde los traslados hasta las reuniones.

Aparentemente, todas las reuniones serían bastante normales, casi como cualquiera podría predecir que serían en una conferencia de aquella índole. O así lo sería con todas, excepto por la última, la reunión de cierre. En ella, todos los participantes del congreso se encontrarían en la sala de reuniones principal, donde se haría un gran sumario con todas las conclusiones recopiladas a lo largo de los días. Pero lo que verdaderamente resultaba peculiar de esta reunión era que, por motivos de control, en los que no profundizó mucho más, todos deberían entrar y salir por la misma puerta. Una puerta que ciertamente era muy grande, casi de cinco metros de anchura, y en la que Bianca debería permanecer toda la reunión. Además, le encomendó dos tareas: la primera, la obvia, estar alerta por cualquier emergencia médica. Y la segunda, la más sorpresiva: ella cerrar la puerta cuando la reunión empiece, y abrirla en cuanto termine. El hombre le explicó que aquel rol había sido dado por sorteo, como la mayoría del resto de roles del congreso.

Esto, pensó Bianca, tenía mucho sentido. Si todos los roles eran anunciados con demasiada anticipación, no resultaría difícil para cualquier empleado el tomar ventaja de su posición para causar algún problema. Verdaderamente la organización parecía contemplar todos los riesgos posibles. Sin embargo, aun con todo, no cesaban sus sospechas de que, pronto, el caos empezaría, y que no faltaría ya mucho.

—Acompáñame, así podré mostrarte con detalle el lugar en el que deberás estar.

—Claro, pero dame un momento, que aún no termino de acomodarme aquí.

—Te espero afuera.

Realmente ya había terminado de acomodarlo todo, pero no podía correr el riesgo de dejar el ordenador, con la lista de miembros, abierto. Primero, porque sería peligroso que algún participante, aunque casi milagrosamente, acudiese a la enfermería y revisase información que no debiera conocer. Y segundo, porque si alguno de sus superiores notaba que la enfermera estaba indagando en la lista de participantes, Bianca estaría, en el mejor de los casos, desprestigiada. Entretanto disimuló abrir los cajones un par de veces para no hacer tan evidente que solo había ido a revisar el ordenador. Luego, salió de la enfermería y se acercó al hombre, que empezó a caminar cuando a ella aún le faltaban unos cuantos pasos para llegar a donde estaba él.

Probablemente los conflictos más grandes se habrían evitado si las personas tuviesen, siquiera mínimamente, la intención de querer (o mínimamente el "querer querer") ser mejores en los pequeños detalles con quienes se comparte no más de minutos. No hay cosas buenas en el mundo, dicen unos. Pues, si crees que algo bueno tienes, deberías tener cuidado con tu andar, quizás sea la única buena nueva que muchos vayan a leer.

Por fin llegaron a la puerta.

—El mecanismo es bastante sencillo, pero si no lo haces bien puedes malograrlo: lo primero que tienes que hacer es asegurarte de que el tablero eléctrico que está en el interior del salón esté encendido, esto hará que la puerta pueda abrirse desde dentro una

vez que esté cerrada. Tampoco queremos encerrar a los participantes.

Bianca asintió.

—¿Puedes repetírmelo?

Sorprendida por la pregunta, respondió:

—Tengo que encender el tablero que está en la sala para que la puerta pueda abrirse desde dentro —mientras lo decía, le surgió una duda, así que añadió— pero si dejo el tablero apagado, igual podrían encenderlo desde dentro y luego abrir la puerta, ¿verdad?

—Una vez que la puerta se cierra, el tablero se queda como está, prendido o apagado, y los que están dentro ya no pueden controlarlo —y mirándola muy seriamente añadió— ese tablero, Bianca, no se te puede olvidar. Si crees que no eres capaz de hacerlo, dímelo ahora y cambio al encargado.

—Sí soy capaz, claro que lo soy.

Entonces el hombre hizo una pausa en la explicación y consideró que era necesario puntualizar en un detalle bastante importante.

—No te quiero dejar de recordar que la puerta pesa casi dos toneladas, así que, si algo se te pasa por alto, lo último que debes hacer es intentar moverla con fuerza.

—Una cosa más.

Luego de dejar resaltado que la puerta era lo bastante pesada como para resultar inamovible siguió con la explicación.

—Ahora bien, ya que el arrancador está funcionando es necesario iniciarlo, para lo que debes tirar de la palanca roja que está debajo de la herradura de la puerta.

Por supuesto, la herradura era falsa, un intento más por aumentar la seguridad del hotel.

—La palanca, por dentro, generará fricción y creará chispas, lo que calentará el arrancador hasta hacer que funcione, así que no basta con tirar de ella una vez, será necesario que hagas varios intentos: rápidos y repetitivos, o el calor no llegará a ser suficiente para iniciar el mecanismo ¿Has entendido?

—Sí.

—Pues vale, vuelve a trabajar.

Y cuando Bianca ya se había dado la vuelta para volver a la enfermería recordó algo bastante importante:

—Oiga, una cosa más. Cuando me pidieron que venga me explicaron que debía salir del hotel antes del fin del congreso, pero no me interesa irme antes. Me quedaré hasta el final.

—Puede hacerlo, señorita, pero su sueldo será el establecido.

—Lo sé, lo sé… pero no pienso en ello, sino en la experiencia que gano cada día.

La reacción del hombre fue la de cualquiera que escucha una plegaria inocente. Bianca, de hecho, se dio cuenta de esto, la excusa incluso sonó patética para ella, pero si quería quedarse hasta que inicie el caos no debía importarle otra cosa que no fuese plantear excusas que alejasen la atención de una insinuación más grave.

—Pues sí, haga lo que quiera, pero vuelva ya a cubrir su posición.

Ahora sí, se dio la vuelta y regresó a la enfermería, no para ser enfermera, sino para esperar a Daniela, lo que no tardó en ocurrir.

CAPÍTULO IV: El señor Belimir

Después de un tiempo de comida, algunos asistentes empezaron a preparar un pequeño escenario en el extremo del comedor. Aparentemente tendrían lugar las típicas palabras del presidente del congreso, o algo por el estilo. Mau empezaba a calmarse y olvidarse de lo anteriormente sucedido con el hombre de aspecto alemán. Ahora era importante concentrarse en el discurso, pues en él, naturalmente se revelarían algunos indicadores que le permitirían comprender el caos de los años previos.

—Bienvenidos a esta tercera edición del congreso de Finburg —pero claro, quien hablaba no era el director, sino solo una presentadora.

El discurso fue excesivamente largo, casi parecía que el sueldo de aquella mujer era dado en función de los minutos que hablase. Entre tanto, Mau recordó aquella habitación que estaba al costado de la suya, pensaba que aquel día, por la noche, se encontraría con quien ahí dormiría, seguramente sería alguien importante, y por qué no, hasta el mismo presidente.

—Queremos presentarles al señor Belimir, presidente del congreso —terminó ella.

¿Por qué le sonaba tanto ese nombre? ¿Acaso era algún amigo suyo? Claro está que no, de tener relaciones con el presidente del congreso de Finburg se habría enterado. Pensó unos segundos, y

luego se acordó de aquello en lo que estaba pensando, la gran habitación en la que había husmeado hacía no muchos minutos. ¡Eso era! El nombre "Belimir" estaba escrito en la carta que había encontrado sobre la cama, era de ahí de donde recordaba el nombre. Eso significaba que su vecino de habitación no era cualquier hombre del congreso, era, tal y como había llegado a imaginarlo, el presidente.

Aunque parezca algo irónico, el tal Belimir no seguía el mismo perfil que todo el resto de participantes, y sus palabras no estuvieron nada mal, de hecho, hasta parecía ser el más carismático del hotel. Pensó que sería una buena idea hablarle, tal vez de ese modo podría aclararle las dudas que tenía acerca del misterioso comportamiento del resto de participantes. Cuando Belimir terminó su charla, todos empezaron a irse a sus habitaciones, pero Mau sabía que debía medir sus tiempos para encontrarse con el presidente, y poder intercambiar algunas palabras con él. Ni bien terminó el evento salió rápidamente de la sala y comenzó a caminar con paso rápido hasta su habitación. Sin embargo, vio, a lo lejos, que Belimir no iría caminando, sino que lo llevarían en uno de los coches de golf que habían dispersados por los grandes jardines de Greenland. Mau tenía claro que no podía dejar pasar esta oportunidad, así que buscó otro disponible y le preguntó al conductor cuánto le cobraría, y aunque el precio era exageradamente alto, lo tomó.

El trayecto hasta el lobby principal duró unos cinco minutos, Mau aprovechó de conversar con el chófer, seguramente conocería muy bien el hotel. Se llamaba Laurel, y había estado trabajando en Greenland desde sus inicios. Le contó que no era mentira todo aquello de la imponente seguridad. Al parecer, Greenland había pasado por una gigantesca y multimillonaria renovación, en la que se aprovechó para planificar todas las estructuras de seguridad que el congreso necesitaba. La reconstrucción de Greenland había sido pensada específicamente para acoger al congreso.

Llegaron, Mau agradeció y se dirigió a su habitación. Solo pensaba en que debía encontrarse con Belimir. Y así ocurrió, se encontró con él en medio del gigante pasillo.

—¡Vaya coincidencia! usted es el señor Belimir, ¿cierto? —preguntó Mau haciéndose el despistado.

Conversaron por unos cinco minutos, hasta que el presidente dijo que tenía que ir a arreglarse para un asunto que tendría más tarde. Justo antes de que se fuese, Mau le ofreció la bolsa de pasas que había guardado en su bolsillo, le dijo que estaba buscando a alguien interesante para dárselas. Belimir las aceptó con mucho gusto y luego le preguntó si es que tenían alguna sustancia de la cual Mau no logró recordar el nombre.

—No tienen —le aseguró. Así evitó cualquier signo de duda que lo pudiera haber hecho quedar mal ante Belimir.

CAPÍTULO V: La naturaleza de aquel lugar

Después de descansar un rato, Mau decidió que ya había desperdiciado mucho tiempo dentro de su habitación, así que fue a dar una vuelta por el hotel. Estuvo caminando varios minutos sin rumbo fijo, le resultaba extremadamente relajante caminar perdidamente por los jardines, acompañado siempre por el sonido de los pájaros que cruzaban de cuando en cuando. Seguía un tanto adormilado, incluso a ratos se quedaba viendo los aspersores que regaban los enormes jardines, su mente se vaciaba y todo lo que hacía era apreciar la tranquilidad del agua salpicando el césped. Caminó también cerca de las piscinas, que tenían el agua muy limpia, pero no había nadie en ellas, aquello era lógico, pues el hotel estaba enteramente dedicado a acoger a los participantes del congreso, de modo que no había turistas. Tras pasar por las piscinas pensó en alejarse de las edificaciones, y se adentró en uno de los jardines más extensos.

Aquel lugar le recordaba mucho a las casas de campo a las que iba cuando era niño, nunca le llegaron a gustar del todo, pero siempre era capaz de, aunque sea por unos breves momentos, disfrutar de la tranquilidad de un jardín sin ruido. Aun con todo esto no duraba mucho, pues pronto le invadían la cabeza una gran lista

de cosas que preferiría hacer en lugar de, simplemente, apreciar la tranquilidad.

En medio del jardín, a lo lejos, le pareció ver una casa de ladrillos que se veía bastante acogedora, así que se acercó. Cuando llegó, se sorprendió al encontrar que el lugar era realmente un bar. Pensó que, por su lejanía, estaría medianamente vacío, aunque no fue así. Extrañamente había más público en esa pequeña casa alejada que en el resto del hotel. Cuando abrió la puerta, varias personas voltearon a ver quién estaba entrando. Ahora tendría que disimular un poco, dar media vuelta y salir sería contraproducente. Pidió un trago de la carta de bebidas ligeras, se sentó en la barra, formada por una gran mesa de madera que sostenía las copas y los vasos de muchos hombres serios, que bebían con lentitud y cuya bebida fría dejaba, en algunas partes de la mesa, marcas húmedas que delataban la temperatura del trago. En el bar notó que, además de estar lleno, otra vez, nadie se hablaba entre sí.

Una de las cosas que más le extrañaba era que, a pesar de la indudable clase de todas las personas que lo rodeaban en ese momento, no había escuchado que nadie diera un solo signo de amabilidad. ¿No se suponía que las personas de la alta sociedad tenían unos modales excelentísimos? Por otro lado, Mau volvía a pensar en los motivos por los cuales nadie se dirigía una sola palabra, tenía que haber alguna lógica que logre explicar esa característica tan extraña, y que, al parecer, resultaba natural. Primero pensó en que, tal vez, todos los asistentes eran introvertidos, y que aquella era una característica común en los congresos de Finburg, pero no tardó mucho en darse cuenta de que eso no tenía ningún sentido. Luego razonó que, quizás, todos tendrían miedo de volver a causar un desastre como los dos anteriores. Así, si nadie pronunciaba palabra sería imposible producir malentendidos, peleas, y nadie se vería provocado por nada. Pero esa lógica tenía una importante falencia, cuando las reuniones del congreso comenzasen las personas tendrían que ponerse a debatir, ¿y entonces qué?

Cuando aún no se había terminado el trago que acababa de pedir, los altavoces anunciaron la cena, y el bar empezó a vaciarse

progresivamente. La caminata al lobby no fue menos memorable que el resto del día. Cada quien caminaba en solitario, muchos miraban al suelo, otros leían algo, y varios también veían los jardines. Eso sí, nadie intercambiaba una sola palabra. Aquella caminata parecía la migración de un grupo de elefantes. Todos caminando en sintonía, con un ritmo constante, pero ninguno hablando con el otro.

Esta vez sí, Mau lograba llegar a la cena siendo aún la hora indicada. Sin embargo, eso no consiguió alejarlo del hombre de aspecto alemán, pues todos los que llegaban parecían sentarse en el mismo sitio en el que habían comido al medio día. Todo parecía exactamente igual que antes, solo que ahora no se le ocurrió hablarle al hombre. En un momento de la cena, uno de los meseros empezó a servirle a la mesa que estaba al costado de la de ellos, y mientras lo hacía, dejó apoyado su azafate en un banco ligeramente alto, la mitad del azafate estaba apoyada en la mesa, y la otra mitad en el aire. Cuando el mesero levantó el último plato que lograba hacer que el azafate se sostenga en el banco, entonces un vaso, que estaba apoyado en la parte que flotaba, cayó sobre su mesa. La primera reacción de ambos fue de normalidad y calma, como se esperaría que fuese. En ese momento el hombre de aspecto alemán se levantó y empujó al mesero, haciéndolo caer sobre la mesa del costado. Mau volteó la mirada para buscar a alguien con quien apoyarse y controlar al hombre; nadie había visto nada, era como si todos tratasen de ignorarlo, haciendo como si no hubiesen escuchado el fuerte ruido ni visto la dura caída del mesero. Así, como si fuese común, el mesero se levantó y se fue a la cocina, el hombre de aspecto alemán simplemente se sentó.

Mau aguantó la incomodidad e impotencia de reaccionar en contra de su compañero de mesa, estaba aún más frustrado que en la comida. Era como una bomba de tiempo a punto de explotar. Esto definitivamente ya no era algo normal, ¿por qué nadie había reaccionado al ataque?, y ¿por qué el mesero simplemente se ido, sin más? La comida de aquella noche llevaba por nombre "expresión de dulzura", aunque no podía resultar más amarga en el sentimiento. Cuando terminó de comer, aún frustrado e impotente, acomodó su

servilleta, limpió su boca, reposó los cubiertos en el plato y dijo con una mucha frustración:

—Provecho.

Luego se levantó y se fue.

Desde que había llegado al congreso, solo había pensado en que él era el raro, y que, de algún modo, sobraba en Greenland, aunque durante toda la caminata de regreso a su habitación ese sentimiento desapareció por completo. Así, por primera vez desde que había llegado, sentía que era normal comportarse como todos lo hacían: sin hablarse, sin mirarse y con una expresión facial penetrantemente fría. Ahora pensaba que mostrar expresiones, sentimientos o cualquier rasgo de personalidad, significaría causar la incomodidad de alguien, misma que luego se convertiría en un caos.

Llegó a su habitación, se bañó, y luego se tumbó en su cama mientras escuchaba el sonido del aire acondicionado. En ese momento se dio cuenta de lo que le había pasado, ahora empezaba a entender por qué todos eran de ese modo. Desde que había llegado, solo quería entender el comportamiento de los otros invitados, pero ahora que lo hacía, sentía que estaba perdiendo su propia personalidad, y que, durante toda su vida, no recordaba un momento en el que hubiese llegado a estar tan frustrado como en aquella cena. Al parecer, esos sentimientos eran la naturaleza de aquel lugar.

CAPÍTULO VI: Bianca y Daniela

Unas horas después, en aquel mismo día, alguien llamó a la puerta de la enfermería.

—¡Dani! —gritó Bianca en cuanto la vio del otro lado de la puerta.

—¡¿Cómo has estado?! —le respondió Daniela.

—Desde que llegué, bastante aburrida. Llevo ya un buen rato sin recibir a nadie, pero sabía que vendrías.

—Claro que sí, no me perdería la oportunidad de conversar con la única sobreviviente de los dos primeros congresos —dijo Daniela, alabando a su amiga.

—No soy la única, somos dos.

—Ya… no podrían matarnos ni aunque lo intentaran diez veces.

En esto, la conversación cambió de tono. Ambas sabían perfectamente que no tenían idea de lo que había sucedido en las reuniones anteriores, y que lo más probable es que esto volviese a ocurrir en no muchas horas más. Además, Bianca olvidó por completo contarle a Daniela sobre Leonard.

Entre tanta conversación, Bianca le planteó a Daniela:

—No te quedes hasta la última reunión, tienes que irte antes.

—Tú igual —respondió Daniela.

—Yo no puedo, hay mucha gente aquí, y yo entiendo cómo funciona esto. Podría evitar el caos, o por lo menos salvar a algunos cuantos.

—Bianca, no entiendes cómo funciona esto, ni tú, ni yo, ni nadie. El caos iniciará en cualquier momento, y nadie podrá predecir de dónde vendrá. Ni siquiera somos capaces de saber si es inducido o espontáneo.

—Podremos no saber cómo inicia, pero sabemos cuándo: hacia la última reunión. De hecho, creo que tengo una idea del porqué.

Daniela inclinó la cabeza y manifestó un gesto de intriga.

—Sí, hoy me explicaron que yo debía cerrar la puerta de la sala cuando inicie la reunión final. Es uno de los roles aleatorios que todos los empleados tienen.

—¿Y esto cómo nos ayuda?

—Pues resulta que la reunión final tendrá solo un acceso: mi puerta —entonces hizo una pequeña pausa para asegurarse de explicar bien lo siguiente que diría— he pensado en que bastaría con que haya algún ligero pánico para que toda esta gente comience correr hasta la puerta, al punto de aplastarse entre ellos.

Tras un breve silencio, Daniela dijo:

—Pues es claro lo que debes hacer, Bianca.

—¿Se te ocurre algo?

—Cierra la puerta antes de la reunión, que nadie pueda entrar en esa sala. Tendrán que cambiarla y hacerla en otro lugar. Podrías alegar que la puerta falló. Al final, nadie culparía a la enfermera de intentar causar desorden.

—No hay manera, los protocolos de este hotel están muy bien calculados. Si alguna cosa podría evitar un caos es seguirlos al pie de la letra.

—Lo mismo han pensado todos de los últimos dos congresos, ¿no crees?

—Puede ser, pero, aun así, en caso de que los protocolos estén mal pensados y yo no estropeé la gran puerta, es imposible que en una situación de este estilo mueran absolutamente todos los que están dentro de la sala, creo que se salvarían muchos. Esto no sería como lo de los congresos anteriores, así que creo que no tenemos que preocuparnos por esto.

—No lo sé, podrías tener razón, pero tengo la sensación de no entender nada de lo que ocurre en este lugar. Nunca lo he entendido

y, particularmente, no entiendo a los miembros.

—Haré lo que me han dicho. Tampoco me atrevería a desobedecer a los organizadores —terminó Bianca.

—Está bien, pero me quedaré hasta el final, contigo.

—No Dani, perdóname, pero si tú te quedas yo me iré.

—¿De qué hablas?

—Mi único cometido al venir aquí es intentar ayudar a evitar otra catástrofe. Pero si tú también te quedas podríamos morir las dos. Si te vas, en cambio, estaré asegurándome de salvarte a ti, a pesar de que luego pueda morir.

—Pues vete tú y me quedaré yo.

—¡No! Porque entonces alguien más tendría que abrir y cerrar esa puerta. ¡Y quién sabe qué podría hacer!

Después de un largo silencio, Daniela concluyó:

—Si algo te pasa seré culpable.

Daniela, entonces, salió de la habitación dejando sola a Bianca. El resto del día fue bastante melancólico, tranquilo, pacífico, y ciertamente triste. Nadie más pasó por la enfermería.

CAPÍTULO VII: El hombre de aspecto alemán

Al día siguiente, su despertador se encargó de levantarlo a las seis de la mañana, y prontamente bajó a desayunar. La cafetería era también bastante espectacular, aunque ciertamente más acogedora que los otros lugares. En ella se respiraba un agradable olor a café, acompañado por el sonido de varios platos golpeándose entre sí, junto con ciertas voces que no tenían una procedencia identificable. Además, el lugar seguía vacío por lo temprano que era, la gran mayoría de personas que había eran meseros que seguían limpiando y conversando entre ellos. Buscó una mesa próxima a la entrada, pues parecían ser las más atendidas por el personal. Las más lejanas, en cambio, las que colindaban con las paredes del lugar, no parecían poder alcanzar a ser vistas por los meseros, que se movían siempre alrededor de unas cuantas mesas. Así, se sentó en la cuarta mesa más cercana a la puerta, y entonces se percató de que no tendría que llamar a nadie, pues hacia el fondo del restaurante había un buffet. Se levantó y se acercó hacia el inicio de la línea de comidas, tomó algunos panes, fruta y poco más. No tenía tanta hambre como para comer mucho más que eso. Luego volvió a su mesa y empezó a desayunar tranquilamente mientras leía el periódico que le había alcanzado un mesero. Cuando estaba por

terminar escuchó que la puerta del comedor se abría, volteó, y vio que estaba entrando el hombre de aspecto alemán, el que había empujado al mesero. Bastó con verlo para generar tres escalofríos, uno detrás del otro. ¿Se suponía que ahora debía fingir que nada de lo de ayer había ocurrido?, ¿debía decirle buenos días? Decidió que hacer ambas cosas sería buena idea, y aunque sabía que no recibiría ninguna respuesta a su saludo, no pretendía seguir perdiendo aquella amabilidad y empatía que tanto admiraba la gente de él, especialmente su hermana.

—¡Buenos días! —dijo Mau con alegría.

—Buenos días— respondió el hombre.

Mau se quedó frío por un momento.

¿Le había respondido? ¿En serio? Aquellas dos palabras significaban, para Mau, la tranquilidad de toda una noche pensando en la locura de aquel hombre, pero ahora, tan solo por una corta respuesta, era factible pensar que el hombre sí era un ser humano.

Mau terminó de pagar la cuenta que reposaba sobre su individual. Luego se levantó y caminó hacia la puerta de salida, pero cuando ya estaba por salir, escuchó una voz que decía:

—Mauricio.

Definitivamente, esa voz era de aquel hombre. Se le acercó, y este lo invitó a tomar algo en el bar en el que había estado ayer, el que estaba un poco lejos de su lobby, en treinta minutos. Luego, Mau, dio media vuelta, abrió la puerta de la cafetería, y despidiéndose del hombre con un saludo de mano salió del lugar. Cuando volvió a su habitación se mantuvo pensativo un par de minutos, caminando y dando bastante vueltas sobre sus pensamientos. Pretendía preparar sus argumentos para la primera reunión, que sería más tarde, pero todo eso pasaba ahora a un segundo plano. Estuvo varios minutos viendo la carta del bar que estaba en su habitación, de modo que pudiese encontrar algo que pedir, así podría tomar algo acorde a la situación, y no solo una bebida ligera, como las que se publicitaban nada más entrar en el bar. Encontró una llamada San Francisco, que, aunque parecía un jugo de mango, era realmente un cóctel. Luego empezó a alistarse para salir.

La cantidad de escenarios posibles para aquella tarde parecían infinitos. Podrían ocurrir cosas muy buenas, como que por fin pudiera entender el porqué de la actitud de las personas en el congreso, o la razón de las catástrofes de los años anteriores. Aunque Mau sabía que tampoco debía desestimar la no tan improbable situación de no encontrar nada, e incluso de quedar mal. Sea como fuere, era innegable que ese hombre lo llevaría a tener una perspectiva más clara y mejor de lo que estaba ocurriendo en Greenland.

En cuanto fue la hora, a paso lento, caminó hasta el bar. De camino pensó en que a nadie se le ocurriría ir a un bar tan temprano. Pero claro, ya empezaba a entender que Greenland no era un buen lugar para hacer predicciones. Cuando entró, vio que el hombre de aspecto alemán aún no llegaba, además, notó que ahora sí, el bar estaba vacío. Buscó una mesa en donde sentarse, una de dos personas, y que además estuviese cerca de alguna puerta, por si algo surgía, algo como lo de ayer, y como no estaba dispuesto a pasar otro rato incómodo lo mejor sería entonces salir del bar. Luego de un rato apareció el hombre, y por primera vez desde que lo conocía, no fue Mau el que saludó primero.

—Hola otra vez —dijo el hombre.

Después de eso, la conversación floreció sin trabas, casi como dos personas normales, aunque nunca dejó de haber algo de distancia entre los dos, quizás por los lugares tan distintos de los que venían. El hombre no era de Alemania, sino de Rusia.

Entretanto, la duda invadió a Mau e insinuó:

—No me has dicho tu nombre.

—Varikozni —y siguió— mucho gusto.

Ambos estiraron el brazo y se dieron un saludo meramente cordial. Más adelante, durante la conversación, Varikozni le comentó a Mau que solamente estaría en Greenland hasta la noche, pues prefería evitar problemas.

Tras estar un rato juntos, Mau fue cogiendo un poco de confianza y se animó a preguntarle por qué la primera vez que se encontraron le mencionó aquello de las dos reglas del lugar: no hablar con nadie y el estar solo. Varikozni le respondió que había venido pensando en

que, para evitar cualquier otra catástrofe, lo mejor sería evitar el contacto humano y que, al parecer, el resto de invitados habían pensado en lo mismo.

—¿No crees que cuando las reuniones empiecen tendrán que hablar? —le preguntó Mau.

—Así es, pero como notarás esto no sería un problema para alguien que solo participará en la primera reunión.

Varikozni era inteligente, ciertamente su formación así lo mostraba, quería evitar el caos, y sin contacto humano lo haría.

—El resto de participantes habrá pensado algo parecido —repuso Mauricio.

—Parecido… sí, pero es altamente improbable que todos nos vayamos tras la primera reunión.

—Cuando llegué, creía que no vendría nadie, pero ya ves como terminamos.

—A eso voy, es un sinsentido estar aquí.

—No te entiendo —alegó Mau.

—Por qué alguien aceptaría asistir a un congreso con un historial más que deplorable —razonó— porque intuyen que son capaces de controlarlo. Estas personas, allá de donde vienen, no tienen problema en ser obedecidos, en que todo como lo quieran, así se haga. Pero aquí, junto con sus iguales, no pueden hacerlo.

—Aún creo que es posible evitar el caos, quizás no en las reuniones anteriores, precisamente porque no tenían antecedentes —respondió Mau.

—No me parece que sea una cuestión de antecedentes… pero adelante, quédate si quieres. Al final, quién sabe si podrías ser capaz de evitar el caos.

Por fin, Varikozni mencionó que tenía sed, pero no pidió más que un vaso con agua. Mau entonces, buscando un perfil bajo, hizo lo mismo, olvidándose de su San Francisco. Luego se despidieron, pues ya iban a dar las doce del mediodía y ambos tenían que prepararse para que comiencen las reuniones del congreso.

CAPÍTULO VIII: La primera reunión

En total, serían tres reuniones, la primera tendría el propósito de contextualizar la situación, aclarar dudas y definir los puntos que se pondrían en discusión. En la segunda empezaría el debate y la búsqueda de soluciones, mientras que la tercera sería para pautar las conclusiones y compartirlas al comité general. Lo primero que hicieron los presentadores de la reunión, fue pasar la lista de asistencia en orden de habitaciones, pero de esto Mau se dio cuenta repentinamente, pues fue el primero.

—Número dos —dijo la presentadora.

—Buenas tardes —respondió Mau, a lo que siguió con su breve semblanza.

Al número uno lo habían dejado para el final, y lo introdujeron de una manera muy especial.

—Número uno, nuestro presidente: Belimir Otto —llamó la presentadora.

Sin embargo, nadie contestó. Mau recordaba que el día anterior había estado hablando con él, y no parecía sugerir que no asistiría a la reunión de apertura. Lo volvieron a llamar, y todavía no había respuesta, así que decidieron seguir con la reunión, incluso sin la presencia del presidente del congreso. Empezaban a surgir algunos

rumores, la mayoría proponía que se había quedado dormido, o algo por el estilo. Muchos de ellos en motivo de burla, más que de aportar algo.

Ahora Mau empezaba a darse cuenta de que las personas sí interactuaban, esto despejaba muchas dudas, pero tampoco todas. Las interacciones parecían cuidadosamente calculadas. Solo se hablaba lo justo y necesario, y únicamente de los temas debatidos, nada personal ni fuera de lugar.

—Número tres.

Y Varikozni, levantándose, respondió:

—Buenas tardes con todos.

Ahora entendía por qué Varikozni lo había invitado al bar en la mañana. Estaría interesado en conocer a quien era su vecino de puerta. Seguramente lo había visto entrando en u habitación.

La reunión avanzaba de manera especialmente ordenada, esto era motivante para todos, empezaba a sentirse un ambiente más tranquilo del que se había dado durante todo el tiempo que llevaban en Greenland. Se empezaba a notar esa esperanza de, finalmente, hacer un buen congreso, sin una catástrofe de por medio.

Como sea, debía dejar de pensar en ello y aportar algo útil a las discusiones que se estaban dando. Y así, la primera reunión siguió con tranquila normalidad. O fue así hasta que, transcurridas ya un par de horas, un empleado del hotel pidió la atención de todos los presentes, pues quería anunciar que el presidente del congreso, el señor Belimir, estaba enfermo. En ese momento, Mau recordó el bocadillo que le había entregado, y que el señor Belimir le había preguntado si es que llevaban algo, algo que él no conocía, y a lo que simplemente le había respondido que no.

CAPÍTULO IX: El señor Belimir, parte 2

El sentimiento de preocupación se apoderó de él. La reunión, por supuesto, continuó, pero se desentendió completamente de ella.

—¿A favor o en contra? —le preguntó un recopilador, uno de los tantos que se encargaban de contabilizar votos en cada aspecto de los que se discutía.

Pero Mau no estaba ni siquiera al tanto del tema en discusión.

—A favor.

La preocupación se intensificó, hasta que empezó a formar una especie de gran bola de nieve que crecía constantemente. En ese momento se le acercó Varikozni, y le preguntó:

—¿Pero acaso votaste a favor?

—¿Tú qué crees? —no había nada que creer, claro está. Pero esas palabras dejaban la respuesta abierta a la interpretación que Varikozni quisiera darle.

Luego, Mau se alejó apresuradamente para evitar mayores diálogos. A paso firme se acercó hasta la puerta de la sala, que permanecía cerrada, tal y como el protocolo lo dictaba.

—Salgo al baño —dijo al responsable.

En cuanto se halló fuera de la reunión sintió un gran alivio, no estaría más a la vista de todos. En su camino al baño pasó frente a

un cuadro publicitario que mostraba las habitaciones por dentro, y, casi instantáneamente, optó por volver a la suya. La habitación estaba limpia, se veía que el servicio de habitaciones acababa de pasar por la suya, y le habían dejado varios vasos nuevos sobre la mesa. Se sentó en el pequeño asiento que estaba al costado de la cama, y ahí se mantuvo pensativo por unos minutos. Entonces levantó la mirada hacia la mesa, en la que los vasos reposaban, y recordó que es posible escuchar perfectamente bien lo que ocurre del otro lado de una pared si se utiliza un vaso.

Colocó la parte abierta hacia la pared, y pegó su oído en la base del vaso, y permaneció así unos segundos, pero no se escuchaba nada, excepto por una conversación. Era la voz del señor Belimir con alguien más, seguramente el médico, o alguien que lo estaría cuidando. Mientras permanecía espiando, siguió pensando en si sería buena idea volver a la reunión. Pero llegó a la conclusión de que, aun si alguien se cuestionaba sobre su ausencia, siempre podría decir que se había enfermado. De hecho, su excusa de salida, la que alegó al responsable de la puerta, concordaría con esta versión. Decidió, pues, que ya no volvería a la reunión, que era más importante cuidar su reputación. Además, ya habían pasado la asistencia, y dudaba que la volviesen a pasar al final.

Estuvo varias horas tratando de escuchar lo que sucedía en la habitación del costado, pero no se escuchaba nada. Hasta que, en un momento dado, el hombre que estaba con Belimir le dijo:

—Tienes que tomar algo para el estómago —y agregó— te lo traeré en seguida.

¡Verdaderamente podría haberse enfermado por el bocadillo! Pensó. El día pasó, y Mau, por supuesto, no comió nada. Se hizo de noche, pero él aún no encontraba seguro salir de su habitación, incluso a pesar de la gastritis que empezaba a fastidiarlo por tener el estómago vacío, pues salir significaba un enorme riesgo. Belimir podría ya haber comentado algo de lo que Mau le había dado, y aunque no habrían entrado a su habitación por no alterar a uno de los participantes, en caso fuese inocente, podrían estar esperando a que saliese al lobby. Aun así, pensó, no podría quedarse encerrado para siempre, eso sí levantaría muchas sospechas. Revisó, entonces,

la revista con el mapa del hotel para buscar restaurantes en los que cenar, y encontró uno que se veía sumamente acogedor. Se abrigó con un jersey de color rojo vino, y encima, un abrigo negro.

Su vestimenta reflejaba muy claramente que su mayor propósito sería relajarse y olvidarse, por una noche, de lo que estaba ocurriendo. Cuando salió de su habitación no tardó en darse cuenta de que había mucho silencio, y que la oscuridad era casi dominante en los pasillos. Caminó hacia el lado contrario de la habitación de Belimir, donde la alfombra roja que cubría todo el pasillo reflejaba las luces del techo y desprendía un olor muy agradable: una mezcla de frambuesa y canela. Bajó al lobby, donde tampoco veía a nadie, a excepción de los trabajadores del hotel, luego salió muy lentamente por la puerta, hacia los jardines, y se percató de que estaba lloviendo, pero no hizo falta que regresase a su habitación por algo con lo que cubrirse, le bastó con girar la cabeza para darse cuenta de que uno de los trabajadores le estaba alcanzando un paraguas negro. Mau lo aceptó y empezó a caminar debajo de la fuerte lluvia.

Esta vez, el restaurante estaba en una dirección hacia la que jamás había ido. El camino, casi por entero, surcaba el borde de una laguna, en donde había un pequeño techo que lo cubría medianamente de la lluvia, aunque igual debía protegerse con el paraguas. La laguna no tenía animales a simple vista, aunque de vez en cuando veía carteles que pedían no alimentar a los patos, seguramente estaría tan solitaria por el mal tiempo que hacía. Mientras seguía caminando vio a lo lejos a una persona, y pronto notó que era una mujer que llevaba puesto un vestido púrpura, con flores blancas en la mano derecha y un largo pelo ondulado, y que estaba puesta de pie justo por donde Mau pasaría. Cuando ya estaban a unos pocos metros uno del otro, la mujer dio una vuelta y empezó a caminar en la misma dirección hacia la que caminaba Mau, lo que hizo imposible que intercambiasen palabras en ese momento. Aún quedaba mucha distancia hasta llegar al restaurante, quizás unos 400 metros, de hecho, ni siquiera era posible verlo desde donde ellos estaban. En un momento dado, el mapa mostraba que debía girar hacia la derecha, en algo que parecía ser una pequeña plaza con estructuras de barro. Esta era una zona

decorativa del hotel, en la que se respiraba el ambiente de un pequeño vecindario humilde desértico de los años ochenta. La chica del vestido púrpura y Mau giraron en esa dirección. El paso de la mujer era lento, y Mau se acercaba ella con cada paso que daba. El restaurante ya estaba cerca, y ambos parecían tener el mismo interés en llegar ahí. Esto no tardó en darse por hecho.

Ella entró primero. Miró al maître, quien se apresuró en colocarla en una de las tantas mesas libres. El restaurante estaba completamente vacío. Los meseros esperaban atentamente quién sabe desde hacía cuánto tiempo, a la llegada de clientes. Las mesas eran de madera oscura, aunque este detalle pasaba casi del todo desapercibido por el gran mantel blanco que las cubría. La lluvia del exterior arrullaba el ambiente, y ya que estaba justo al costado de la laguna, aquel espacio parecía ideal para relajarse un momento.

Luego entró Mau, y lo dirigieron a una mesa bastante cercana a la de la mujer. Ella, mientras tanto, recibía la carta sin decir palabra alguna. El mesero que se encargaba de la mesa de Mau era un hombre de baja estatura, ancho, de pelo corto y despeinado y barba como de sombra. La costura del uniforme no le favorecía, el pantalón era bastante ancho y la camisa parecía tener mangas muy largas, tanto que aun cuando las llevaba remangadas la camisa le llegaba a cubrir una parte de la mano. Le entregó la carta, que solo tenía dos páginas, y en cada una había solo siete platos. Además, la segunda página incluía una pequeña colección de tres bebidas y dos postres.

Ambos estuvieron algunos minutos viendo la carta, y pronto Mau comenzó a sentir un poco de incomodidad por la sintonía que estaban teniendo. Pensó que no debería decir que ya estaba listo para ordenar si la mujer no lo hacía antes. En un inicio, ella se había sentado antes que él, y, por eso, debía también terminar de ver la carta antes. Pero ambos meseros, el suyo, el hombre de baja estatura, así como el de ella, se acercaron simultáneamente a pedir las órdenes.

—¿Ya está lista para ordenar?

—¿Le tomo la orden?, señor.

Y ambos respondieron en simultáneo.

—Mhm —sonó ella.

—Sí, muchas gracias —dijo él.

Empezaron preguntando por el entrante.

—¿De entrante?

—¿Como primer plato?

Respondieron:

—Ensalada caprese.

—Estos palitos de queso —respondió Mau, señalando el plato en la carta.

Luego los meseros siguieron:

—¿De fondo?

—¿Para el segundo?

La respuesta no tardó:

—Salmón glaseado —pidió ella.

—Milanesa de pescado —dijo Mau.

Al final:

—¿Y postre?

—¿Y como postre?

Y ambos, en sintonía casi coordinada dijeron:

—Tiramisú.

—Tiramisú.

Las respuestas parecieron entonadas. Ambos miraron brevemente al otro, mientras los meseros esbozaban una sonrisa disimulada.

—Ya vuelvo.

—En seguida se lo traigo.

Ambos meseros salieron de la sala, dejándola vacía y silenciosa, y así estuvieron ambos por varios minutos. Por fin, los dos meseros volvieron, simultáneamente, de la cocina, uno con una ensalada caprese, y el otro con palitos de queso. Sirvieron los platos y entonaron:

—¡Disfrútenlo!

Mau, casi sin mirar la comida que acababan de servirle, empezó a comer. Ella, sin embargo, tomó el aceite de oliva que estaba en el centro de la mesa y remojó la ensalada con él. Luego, volvió a estirar la mano para acercar la sal, y la espolvoreó sobre su ensalada. Para cuando Mau ya estaba en la mitad del plato, ella

apenas empezaba a comer lo suyo. Ambos meseros estaban atentos para que, en cuanto cada uno terminase su plato, sirvieran inmediatamente la comida siguiente. Así fue que Mau recibió primero el segundo que había pedido. Su satisfacción fue grande al notar que la cantidad de comida era abundante, y que no le faltaría más para saciarse. El plato de ella, en cambio, no parecía poder satisfacerla del todo, pensó Mau.

Sea como fuere, la diferencia de tamaño en los platos hizo que ella tardara menos en terminarlo, y ya que él lo había recibido antes, se los acabaron al mismo tiempo. Ambos meseros entraron juntos para recoger los platos vacíos, y un breve momento después volvieron al comedor con los postres en la mano: dos tiramisús. Esta vez, los meseros no pronunciaron palabra alguna al entregarlos, seguramente, imaginó Mau, porque no querrían decir lo mismo, ya era bastante grave que los postres sean de por sí idénticos, sin mencionar que los habían entregado simultáneamente. Habiendo dejándolos, ambos meseros regresaron a la cocina, y volvieron a dejarlos solos. Mau, entonces, se animó a hablar.

—Tienes buen gusto.

Pero ella solo respondió con una muy tenue e irónica sonrisa.

—Es lo bastante suave como para dejarme dormir —respondió algunos segundos más tarde.

—Buena decisión, las reuniones mañana serán complejas.

—Imagino que sí.

—¿De dónde eres? —preguntó Mau.

—De París.

—No parece que tengas acento francés.

—Qué raro, yo pensaría que sí lo tengo —respondió, haciendo muy evidente el marcado acento francés que tenía.

—¡Bueno! —resopló— ahora lo noto.

Luego añadió Mau:

—Voy a sentarme un momento en la terraza, ¿quisieras acompañarme a tomar un vino?

Ella no respondió, pero asintió con la cabeza levantando las cejas. Como respondiendo a un niño que pregunta algo absurdo. Entonces Mau volteó hacia la entrada de la cocina, donde uno de los meseros

estaba de pie, aunque distraído. Y le pidió que prepararan una mesa en la terraza con dos copas de vino y una buena botella.

Mau salió primero. Se sentó, y alcanzó a ver, a través de la mampara de vidrio, que ella se acercaba. Uno de los meseros le abrió la puerta, y luego retrocedió la silla en la que ella debía sentarse. Mientras tanto, Mau se había quedado hipnotizado con los lentos y delicados movimientos de la chica. No mostraban timidez, ni debilidad, sino todo lo contrario: no dudaba a cada paso que daba. Parecía moverse lentamente, pero todo lo hacía rápido, sin descuidar un solo doblez de sus vestidos, o despeinar un solo pelo de su cabellera.

En cuanto ella se sentó, él comenzó la conversación:

—¿Cómo te llamas?

—Henriette —y tras una pausa añadió— ¿y usted?

Por supuesto, Mau notó que lo había tratado de usted. Pero no hizo comentarios al respecto.

—Mauricio, un placer.

—Mhm —dijo mientras asentía con la cabeza.

—Y, ¿a qué se dedica? Preguntó ella.

Esta vez, Mau ya no pudo pasar por alto la formalidad con la que Henriette le hablaba.

—Puedes tratarme de tú, no tengo problema con ello. Así podemos aligerar la conversación.

Ella esbozó una sonrisa que no iba más allá de los labios apretándose uno contra el otro mientras asentía la cabeza. Era más un gesto que confirmaba el entendimiento de la solicitud que uno de gratitud.

—Prefiero seguir como hasta ahora.

—Sí… claro que sí. Como tú quieras.

Ahora Mau ya no sabía si él también debía empezar a tratarle de usted, pero prefirió seguir con lo que le hacía estar más cómodo. Así evitaría parecer forzado.

—¿Qué opinas del congreso? —siguió Mau.

—En general es inservible, pero, ¿en qué aspecto?

—¿Inservible? —preguntó Mau, muy extrañado.

—Absolutamente. Piense en por qué vienen los participantes. Piense en los participantes. No son más que basura.

—Eso te incluye a ti, y me incluye a mí también. ¿Somos basura entonces?

—Sí… no me extrañaría.

—Y tú, ¿por qué vienes?

Ella pareció pensárselo dos veces antes de dar una respuesta.

—Es mi trabajo, ¿acaso el tuyo no?

—Sí, supongo…

Ella lo miró a los ojos mientras negaba con la cabeza y hacía un gesto de confusión. Luego añadió:

—¿Qué supones?

—Pensaba en si esa era verdaderamente la única razón por la que todos los participantes estamos aquí.

—Bueno, no será por pasión.

—Tal vez sí.

Entonces Henriette hizo una risa irónica y burlesca. Luego Mau volvió a hablar, pero esta vez cambiando de tema:

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista.

—¿Dónde estudiaste?

—No estudié.

—¿Y cómo eres periodista?

—Soy mejor en lo que hago que quienes dicen haberse preparado para serlo.

—Está bien, de acuerdo.

Mau aún tenía una duda que, según sospechaba, ella no respondería.

—¿No temes morir aquí?

—No.

—¿Por qué no?

—Si muero… —entonces se detuvo en seco, y como reformulando lo que diría después, terminó— qué más da.

Se hizo un gran silencio, uno ciertamente tenso. Y luego ella, terminándose el vino que tenía en la copa, dijo:

—Tengo que irme.

Luego tomó su paraguas, que lo había dejado apoyado en la pared más próxima a la mesa. Mau permaneció estático, en parte por la perfección con la que la mujer se movía, pero, sobre todo, por lo que acababa de suceder. ¿Acaso había hecho algo mal? ¿La había ofendido? Lo cierto era que la conversación había terminado muy abruptamente, y ahora tenía frente a sí una botella casi completamente llena que no se llevaría a su habitación. Henriette desapareció de su vista algunos segundos después.

—¡Disculpe! —llamó al mesero— no me terminaré la botella, puede llevársela.

Se había hecho ya muy tarde, el camino de regreso a su habitación fue bastante silencioso, pero aun así no le resultó largo.

En cuanto llegó, Mau volvió a caer en la difícil situación que tenía: si mañana asistía a la reunión estaría muy expuesto a que alguien pudiera descubrir que él había enfermado al presidente. Recordaba con claridad que durante la charla que tuvo con Belimir muchas personas pasaron por el pasillo. Incluso recordaba que, ya mientras le daba la comida, un par de ojos prestaron atención al momento. Por otro lado, si no iba a la reunión, la gente se extrañaría cuando no haya respuesta de las dos primeras habitaciones. Finalmente decidió que lo mejor sería quedarse en su habitación. Además, si alguien lo buscaba fingiría que él también estaba enfermo. Así podrían echarle la culpa al comedor, o a cualquier otro tercero, y no a él.

Entre tanto pensamiento recordó que Varikozni solo estaría en el congreso hasta esa noche, y le interesaba despedirse de él. Rápidamente, se vistió con ropa negra, en parte para pasar desapercibido, salir tan tarde podría generar muchas sospechas, pensó. Salió muy silenciosamente de su dormitorio y tocó la puerta de la habitación de Varikozni, la número tres. Esperó un par de minutos en el pasillo, cuando en un momento repentino un participante que salía de la habitación de enfrente, la número siete, le dijo que lo había visto salir hacía un rato. Seguramente estaría en el bar, esperándolo. Mientras caminaba hacia el bar, pensaba en que hasta hace unas pocas horas se imaginaba lo peor de Varikozni,

resultaba inimaginable que ahora estuviese yendo al bar porque deseaba despedirse de él.

Las noches en el hotel eran muy solitarias, los únicos sonidos que alcanzaban a escucharse eran los de las gotas de agua que caían sobre el suelo. La lluvia había desprendido un aroma muy agradable en todo el lugar, era un olor muy característico de los bosques, y que se adentraba con sutileza en los pasillos del hotel, proveniente de las grandes hectáreas de bosque que rodeaban a los edificios. Esta vez sí se acordó de llevar consigo el paraguas, pero esto no evitó que otro empleado le vuelva a ofrecer el mismo que había devuelto no hacía mucho. Efectivamente Varikozni lo esperaba en el Bar. Estaba sentado en el mismo lugar en el que habían pasado el rato la vez pasada. Le dijo que lo había estado esperando, y que sabría que vendría a despedirse de él. La satisfacción de Mau por entablar conversación con uno de los miembros que más "auténtico" se veía no cesó de satisfacerlo. Había podido, a pesar del gran prejuicio que había estado formando desde los días previos al congreso, formar una amistad con uno de aquellos a los que, de antemano, había tildado como gente poco agradable. Cuando ya llevaban un buen rato de conversación Mau dejó de prestar atención, su mente empezaba a divagar en el pensamiento del asunto con Belimir. Así, tras un rato de conversación, Varikozni le preguntó:

—¿Todo bien?, te noto inquieto.

Mau le contó todo, le dijo que pensaba que había intoxicado al presidente, el señor Belimir, que se había pasado las últimas horas encerrado en su cuarto, y que estaba pensando en no ir a la segunda reunión. Varikozni le aconsejó que evitara mencionar aquel asunto a toda costa, pues aún si la ausencia de Belimir no había tenido nada que ver con él, podría empezarse a generar tensión en el congreso, las personas comenzarían a pensar mal de Mau, y el caos estaría servido en bandeja de plata, solo que, esta vez, en contra suya. No hizo falta más para terminar de decidirse: no iría a la reunión del próximo día, y se pasaría todo el día vigilando lo que el señor Belimir hiciese. No permitiría que se le acusase, y que otro caos ocurra, esta vez por error suyo. El asunto de Belimir había pasado a ser una cuestión personal y dependía enteramente de él.

Era su responsabilidad evitar el tercer caos en los congresos de Finburg.

Tras aclarar sus pensamientos, Mau por fin escuchó lo que Varikozni quería decirle desde hacía varios minutos:

—Perdona, que solo he hablado de mí —insistió Mau.

—Tranquilo, estabas muy inquieto.

—Pero bueno, dime…

—Mira, esto incluso te ayudará —aclaró Varikozni— estuve pensando en que el congreso está bastante más tranquilo de lo que pensé que estaría. No parece que se vaya a desatar la locura en la siguiente reunión. De hecho, no creo que sea muy bueno irme sin haber escuchado ninguna resolución.

Luego, hizo una breve pausa, en la que Mau ya sabía por dónde irían los tiros.

—Voy a quedarme un día más. Saldré mañana.

—Bueno, esto es… —y entonces se dio cuenta de lo que esto podía suponer— ¡Es perfecto!

Varikozni se extrañó con la respuesta.

—¿Prefecto? ¿Por qué?

—Vas a cubrirme en la segunda reunión. Vas a asegurarte de que nadie sospeche nada, y si surge algún rumor, lo desmientes rápidamente —terminó Mau.

—A ver, tómalo con calma. No puedo enterarme de todo lo que sucede en la sala de reunión. Y si me entero de algún rumor, no voy a poder disiparlo inmediatamente. A estas personas no puedes sacarle conversación sin fundamento.

—Bueno… —dijo Mau, y luego se tomó un pequeño momento para pensar— podrías, al menos, mantenerme al tanto de las cosas que se digan en la reunión. Por lo menos para saber si alguien sospecha algo de mí.

—Por supuesto que haremos eso. Pero recuerda igual que es bastante posible que pase por alto muchos de los rumores. También me interesa quedarme en la reunión para debatir los temas del congreso, no solo para ser tu paparazzi.

Mau lo miró en silencio. Y luego Varikozni le sujetó el hombro, y le dijo:

—Tranquilo, Mauricio, nadie te culpa. Esta idea te la has metido tú mismo en la cabeza. Si mañana vas a la reunión no pasaría nada. Pero para que te quedes tranquilo, quédate en tu habitación —Mau lo seguía escuchando atentamente— y después de la reunión conversamos. Yo te pondré al corriente. Ahora tenemos que ir a dormir, ha sido un día largo.

Entonces uno de los trabajadores se acercó a preguntarles qué tomarían.

—Yo ya me estoy yendo —aclaróVarikozni.

—Una cerveza —respondió Mau.

CAPÍTULO X: El primer congreso de Finburg

Dos años atrás, cuando Bianca era apenas una estudiante universitaria, había sido invitada a uno de los eventos más importantes a nivel mundial: El congreso de Finburg. La inocente enfermera tenía enfrente suyo uno de los eventos más importantes de su vida. Se mediría no ante cualquier paciente, sino ante hombres que influían en millones de vidas. Fue así que se despidió de sus padres, quienes veían en ella una hija de la cual enorgullecerse: una chica inteligente, alegre y energética, totalmente a la altura de aquello a lo que había sido invitada. Así, todo empezó a transcurrir con mucha normalidad, y no tardó en notar que sería una labor tranquila, casi sin pacientes. A lo largo del primer día tuvo tres: una sola persona que fue tres veces. La paciente era una mujer joven llamada Daniela, que se amistó con ella después de haber estado conversando por varias horas. Daniela tenía fuertes dolores de cabeza que no parecían cesar. Al día siguiente, no volvió a verla.

De hecho, ya nadie más fue, a excepción de una persona, alguien ciertamente inesperado, el presidente. Se suponía que él no debía atenderse en la enfermería común, o eso es lo que ella había entendido, y no le faltaba razón. Su única razón para visitarla fue pedirle, muy amablemente, que dejara el lugar al día siguiente, y

que se aseguraría de dejarle una buena reseña para la universidad en la que estudiaba. En principio esto parecería una noticia muy amarga, y que cualquiera la tomaría con rechazo, pero la amabilidad del presidente la convenció instantáneamente. Accedió decepcionada, es cierto, pero con la satisfacción de haber desempeñado una buena labor durante las pocas horas que había estado ahí. Por la tarde, al día siguiente, llegó a su casa y comentó con su madre todo lo que había aprendido, le contó sobre Dani, como le decía a Daniela, y también lo ocurrido el día anterior. Su madre, entonces, se sintió muy satisfecha por el buen trato que había recibido su hija, que ahora, además, estaba muy cansada.

—Hoy me duermo temprano, que mañana quiero aprovechar para salir con amigos —le dijo Bianca antes de ir a dormir.

Pero eran alrededor de las 11 de la noche cuando su madre abrió la puerta de su habitación con fuerza y rapidez, asustándola y preocupándola.

—Ven a la sala, ahora mismo.

Ella se apresuró, y aun con los ojos entrecerrados para contrarrestar la dilatación de sus pupilas, se acomodó en el sillón junto a su madre.

En el televisor todo era confuso. Veía aquello que la había ilusionado durante mucho tiempo, aquello en lo que había estado ocupada durante los últimos días, y aquello de lo que había estado charlando con su madre hacía poco menos de dos horas. Sin embargo, ya nada estaba igual, el buen recuerdo que había guardado se entrelazaba con llamaradas, imágenes borrosas por la censura, luces azules y rojas. Y, por supuesto, ya no quedaba rastro de la tranquilidad que ella había visto.

—El presidente, el que se te acercó a pedirte que te fueras, él sabía. Él te salvó la vida —le dijo su madre.

Ella volteó a verla, no dijo una palabra, sino asintió con la cabeza. Se levantó y se fue a dormir de nuevo.

CAPÍTULO XI: La segunda reunión

Al día siguiente, y con Mau ausente, la reunión empezó a la hora establecida, sin un minuto de antelación o retraso. De igual manera que en el día anterior, la voz que se escuchaba por los parlantes dijo:

—Pronto comenzaremos con el congreso.

No parecía existir diferencia con la reunión pasada. Es más, como esta se realizaba en un horario matutino, los participantes parecían estar incluso más adormecidos que en la primera reunión. Esto mismo llevó a que la soledad del asiento de Mau pase desapercibida entre los que estaban sentados a su alrededor. El congreso de hoy estaba expectante a descubrir si el presidente se presentaría. Sería muy grave que, por segunda vez, el máximo representante del congreso de Finburg estuviese ausente.

En esta segunda reunión, las expectativas estaban acompañadas por un leve temor. Aun así, la sala del congreso cargaba con un ambiente de tranquilidad bastante mayor al que se había vivido hasta el momento, los participantes apenas habían desayunado, estaban recién arreglados y se sentían bastante tranquilos tras ver lo que había ocurrido en la primera reunión. Entonces, la presentadora anunciaba:

—Número dos.

Y Mau, ausente, no respondió.

El pequeño problema era ahora más grande, era ciertamente extraño que sean precisamente los dos primeros números quienes no estuviesen presentes, y a Varikozni, percatándose de esto, le resultó imposible evitar pensar en que él tendría que irse ese mismo día durante la tarde, por lo que no estaría para la tercera reunión, y su habitación era la tercera. Su ausencia incrementaría la preocupación. Pensó en que la única manera de saber si realmente había sospechas en torno a la ausencia de Mau sería tratando de escuchar los rumores que rondaban por la sala. Alcanzó a oír a varias personas intercambiando la idea de que Mau también había enfermado, y que quizás uno habría contagiado al otro, pues Mau sería el más propenso a estar en contacto con Belimir, ya que sus habitaciones eran adyacentes. Varikozni, en esto, afirmó la enfermedad de Mau y Belimir, y desvió el asunto a que uno de los dos ya estaba enfermo desde antes de venir. Así parecería que, como con cualquier virus, se había propagado entre dos personas de habitaciones cercanas.

El resto de la reunión transcurrió con normalidad, pero Varikozni trató de estar atento a todos los rumores que podrían aparecer. Notó que había tres hombres que no estaban interesados en el debate de la reunión, así que asumió que estarían pensando en el problema.

Se acercó a preguntarles su nombre, dos de ellos respondieron con nombres italianos, un poco extraños, y el tercero dijo:

—Llámeme sir Pavlov.

Sir, según el diccionario, significa: *"Título inglés que se otorga a hombres que se distinguen en su profesión o conducta y que se emplea también como tratamiento de respeto o cortesía."* Por tanto, entendía que el tal sir Pavlov pretendía ser un hombre de alta rectitud y arrogancia. Aquello le daba confianza, pues un hombre de aquella categoría no sería capaz de caer en el desorden.

Sea como fuere, parecía que la situación no estaba tan descontrolada, pensó que no sería necesario comentarle a Mau de la actitud de estos tres hombres, pues ni siquiera tenía la total certeza de que realmente estuviesen sospechando algo. Así fue que, en

cuanto terminó la reunión, sin mucha más dubitación, volvió a su habitación para alistar sus cosas y volver a su país. Además, por supuesto, había olvidado completamente que le había dicho a Mau que hablaría con él antes de irse.

CAPÍTULO XII: El señor Belimir, parte 3

Mau se ocupó todo el día espiando al señor Belimir, en la mesa de su cuarto ahora existía una especie de trípode que sostenía un vaso pegado a la pared, ese vaso tenía parte de la esponja que estaba en el baño del hotel, y que la utilizaba para que, al estar horas muchas con el oído apoyado en el vaso, su cara no se irritara. Además, durante el día decidió escribir un falso diario que demostraría, en caso de que lo encontraran culpable, que venía al congreso de Finburg para aprender, debatir e intentar encontrar las mejores soluciones a los problemas que se presenten, y que el señor Belimir le había parecido una persona magnífica. Aquello debería generar un gran despiste en cualquiera que acusara a Mau de intentar algo en contra del presidente.

Durante un momento del día, Mau escuchó a través de la puerta que un hombre decía:

—La doctora ya está por venir, será rápido.

Finalmente podría saber si había sido realmente su culpa que haya enfermado, y si no lo era, ya podría volver a las reuniones. Un momento después llegó la doctora. Mau se apresuró en subir a las almohadas que ya tenía acomodadas en el escritorio de su cuarto para estar cómodo al momento de escuchar, pegó el vaso a su cara

y empezó a respirar lo menos posible para escuchar absolutamente todo lo que podrían decir.

—Ya son varias horas de lo mismo, tengo que volver a las reuniones.

—Sería prudente que evites salir al público a toda costa, esto podría ser contagioso.

—¿Qué lo causó?

—Un…

En ese momento, alguien golpeó fuertemente la puerta de Mau.

La angustia y la preocupación invadieron de pies a cabeza su habitación. Se apresuró en meterse al baño y hacer correr la ducha, que colindaba con el pasillo central, por lo que seguramente se escucharía y pensarían que se estuviese bañando. Con esto, Mau tendría un poco más de tiempo para pensar qué podría hacer, agarró un papel y un lápiz y comenzó a escribir posibles salidas. Sin embargo, rápidamente pensó en que todo ello era innecesario, estaba actuando como si realmente tuviese que ocultar algo. Lo mejor sería explicar muy bien lo que había ocurrido, de manera que no quedasen dudas de que todo lo que había pasado era accidental.

Decidido, cerró la ducha y abrió la puerta de su habitación. Vio de pie a un hombre al que jamás había visto, de tez blanca y pelo profundamente negro, unos cinco centímetros más bajo que él, vestido de chaqué, de porte amenazante e imponente, y antes de que Mau pudiera decir algo, aquel le dijo:

—Acompáñame.

Mau no pronunció palabra, se había quedado estupefacto ante el tan inoportuno momento en el que todo aquello había ocurrido, luego lo siguió. No caminaron mucho, solo hasta entrar en la habitación número cuatro.

—Siéntate donde quieras —dijo él.

—De pie estoy bien, no hace falta —respondió Mau.

—Te digo que te sientes —enfatizó muy seriamente el hombre.

Mau entonces tomó asiento en uno de los sillones, mientras el dueño de la habitación le alcanzaba un vaso de agua y se acomodaba en la silla del escritorio.

La intención del hombre no estaba clara, perfectamente podría empezar a acusarlo, como también a preguntarle por cualquier asunto que nada tenga que ver con Belimir. Hasta el momento, jamás le había visto junto con el presidente, así que lo más probable era que no tuviese que ver con él, pensó. Además, no vestía como médico, ni como guardia, ni como trabajador. Era un participante más.

—¿Qué esperas que ocurra en la siguiente reunión? —preguntó el hombre.

La pregunta, evidentemente, llevaba un doble filo. La segunda reunión estaba dándose justo en ese momento, por lo que no habría manera de que Mau estuviese al tanto de los temas en discusión.

—Veo con mucho optimismo el congreso, y creo que, a diferencia de los anteriores, este solo tendrá buenos resultados —respondió.

Claro está, evitó a toda costa conversar sobre los temas tratados en los debates porque no quería entrar en el tema de sus ausencias, que ciertamente no serían sencillas de justificar.

—¿Y usted? ¿Qué opina de los temas tratados hasta ahora?

La respuesta no fue para nada la esperada:

—Eso no es trascendente ahora. Pienso que ya todos sabemos qué es lo importante a solucionar, así que espero que usted pueda colaborar conmigo, pues yo estoy ya colaborando con todos. Le aseguro, señor, que mañana, a más tardar, podré dar con las respuestas que espero usted también esté buscando.

Mau un supo qué responder. Simplemente se quedó quieto, mirándolo fijamente.

Ahora estaba claro que la situación de Belimir ya estaba en boca de todos, y que no pasaría mucho tiempo hasta que alguien, o quizás el hombre que tenía delante suyo, descubra que fue él quien pudo haberlo causado todo.

—Y, ¿cómo te llamas? —preguntó Mau, en tono de vacilación o nerviosismo, dependiendo de la interpretación.

—Llámeme sir Pavlov —respondió el hombre.

Vaya respuesta rara, pensó Mau.

—No tengo nada más que decirte —le dijo al hombre, evitando que la conversación pueda terminar perjudicándolo— y sí tengo

mucho que hacer. Un gusto, Sir Pavlov.

Sin terminarse el vaso con agua, lo dejó sobre la mesa del escritorio y despidiéndose con un gesto de cabeza, salió hacia el pasillo.

¡No había podido escuchar lo que el médico le había dicho a Belimir! Había estado todo el día espiándolo, y justo cuando diría lo que él necesitaba saber, había tenido que distraerse. Volvió a pegar el oído en el vaso y el vaso en la pared, pero ya no se escuchaba nada. Esta vez, bastó con estar un breve tiempo apoyado para empezar a notar bastante incomodidad en el cuello. Tantas horas así habían empezado a lastimarlo.

Como tomando un descanso salió al pasillo a dar un rápido vistazo a la habitación de Varikozni, y tal como lo había imaginado, ya estaba desocupada. Varikozni había olvidado hablar con él. Ante todo, sabía que aquello podría ser algo bueno, si no había ido a buscarlo era porque no había ocurrido nada de lo que preocuparse durante la reunión. Si nadie más, además del tal sir Pavlov, sospechaba nada, entonces no habría problema en quedarse también durante la siguiente reunión para poder seguir escuchando.

CAPÍTULO XIII: La tercera reunión

Al día siguiente, el tercero, Sir Pavlov se alistaba para el comienzo de la que sería la última reunión del congreso. Él conocía muy bien los temas que se habían estado tratando a lo largo de todo el congreso, y sabía que ya no tenían mucho más en lo que profundizar. Sin embargo, había algo sobre lo que preocuparse, algo que superaba a los temas en sí: la ausencia del presidente. El rol del presidente en este tipo de congresos no era en absoluto simbólico.

Sir Pavlov había dedicado gran parte de sus estudios a comprender los congresos de Finburg, ellos eran una evolución de anteriores intentos de confederaciones internacionales. Su cometido era pues, generar acuerdos internacionales que modifiquen directamente la agenda mundial. Ciertamente la humanidad había visto muchos de estos congresos, pero ninguno como el de Finburg, pues este, por fin, había logrado instaurar un sistema de verdadera soberanía internacional. Los acuerdos a los que se llegaba eran leyes escritas sobre piedra, absolutamente inmutables localmente y eran siempre acatadas por cada jefe de Estado. La elección de los participantes no era cosa intuitiva, de hecho, aquel había sido uno de los mayores logros de Finburg.

Él, sir Pavlov, había dedicado su vida al estudio económico, colaborando en la redacción de libros con las personas más influyentes de su país, y por ello se le había elegido. No conocía a muchos otros participantes, puntualmente estaba enterado solamente de dos: Urteaga, gerente de una empresa de trenes, y Varikozni, jefe de una academia de seguridad privada, aunque a este solo lo conocía de nombre. También era muy interesante lo que ocurría tras la elección de los participantes. El elegido en cada país no era conocido hasta después del congreso, de modo que su identidad permanecía oculta para el mundo incluso durante el desarrollo de los congresos. Además, no recibían ninguna remuneración por participar en el congreso, y la única ventaja que obtenía era la nacionalidad de Finburg, una nacionalidad no territorial que permitía al poseedor de dicho pasaporte viajar a cualquier lugar del mundo sin necesidad de visado. Asimismo, el presidente del congreso era seleccionado mediante un proceso incluso más complejo que el de los participantes ordinarios. Este año, por ejemplo, Belimir había sido seleccionado y absolutamente nadie sabía de quién se trataba, ni en qué trabajaba y, mucho menos, de la relación que sostenía con autoridades mundiales. El presidente del congreso era quien daba el visto bueno a las nuevas propuestas y tenía el poder de rechazar hasta cinco de las diez formuladas.

Casi se podía decir que prescindir del presidente era como no llevar brújula en un viaje de expedición. Así fue que, con los temas casi cerrados, y un presidente ausente, decidió que en esta reunión se dedicaría únicamente a descubrir qué estaba ocurriendo.

CAPÍTULO XIV: Sir Pavlov

Sir Pavlov salió de su dormitorio y notó que la habitación tres ya estaba vacía. A la primera reunión no se había presentado la habitación uno, a la segunda la habitación dos, y ahora, a la tercera, sería la tres. Además, por más esfuerzo que empeñó tratando de recordarlo, no sabía quién estaba en esa habitación. De lo que sí empezaba a sospechar era que se habría aliado con el huésped de la habitación dos para atentar contra el congreso.

Esta reunión, pensó, era clave para encontrar quién era el participante de la tercera habitación y conversar con alguien que lo hubiese visto alguna vez, y que supiese su nombre o su paradero, así podría tener alguna pista de dónde encontrarlo. Así, se apresuró en llegar temprano a la sala para ocupar un lugar céntrico y en el que no hubiese estado antes. Solo entonces podría conversar con más y nuevas personas. Notó que en la mesa del centro habían dos lugares vacíos, y que, además, estaban junto a otros participantes que jamás había visto. Ese era el lugar perfecto. A paso ligero y decidido, dejó sus cosas para guardar el lugar y fue a comprar una taza de café para intentar seguir ampliando su indagación. Tenía el ligero presentimiento de que sería capaz de notar la ausencia de alguna de las caras que había visto antes, así podría saber, mínimamente, cómo era la cara del nuevo huésped ausente. Sin embargo, no notó la ausencia de nadie conocido. Decidió volver a su

asiento, pues la reunión ya estaba por empezar y sabía que nadie contestaría en cuanto llamasen al número tres, así que sería importante estar atento a cuantas reacciones pudiese.

La presentadora saludó a todos y empezó a pasar la asistencia.

—Número uno.

Y nadie respondió. Belimir seguía enfermo.

Ahora la lista sí comenzaba desde el número uno, probablemente para descartar rápidamente la ausencia del presidente.

Sir Pavlov volteó apresuradamente su cabeza, pero fue inútil, todos habían reaccionado atemorizados y preocupados.

—Número dos.

Y nadie respondió. Mau seguía encerrado en su habitación, espiando a Belimir.

—Número tres.

De igual modo, nadie respondió. Varikozni ya se había ido.

Habían sido tres reuniones, en cada una había faltado una persona más y siempre en orden ascendente. Lo único que sir Pavlov alcanzó a ver fue que quien se sentaba a su derecha estaba calculando la probabilidad de que los tres primeros números hubiesen desaparecido linealmente. De ser casualidad, y en caso de que en cada reunión dejase de asistir exactamente una persona, existiría una probabilidad del 0.00022 % de que hubiese ocurrido del modo en que ocurrió. Así pues, considerando que nadie más, a excepción de esos tres, había dejado de asistir, lo que estaba ocurriendo no era obra del azar. La reunión había empezado a transcurrir de modo completamente normal, así que sir Pavlov volvió a su sitio original, el de las reuniones anteriores. Cuando ya estaba ahí, un mesero fue a ofrecerle algo para tomar. En ese momento, se dio cuenta de que aquel no era el mesero que había estado en su mesa durante las dos primeras reuniones.

—Disculpe, ¿usted no estaba aquí antes, cierto?

—Así es, uno de los meseros tuvo un accidente el otro día, y hemos tenido que reorganizarnos.

Fue entonces que recordó lo que ocurrió el primer día, uno de los participantes había empujado a uno de los meseros en el comedor. Rápidamente empezó a buscar a aquel hombre. Caminó por toda la

sala, fijándose con mucha atención en cada una de las mesas, y como no lo veía, fue a buscarlo al baño, pero tampoco lo encontró. Decidió esperar unos minutos para volver a buscarlo, pues podría haber ido a su habitación. Pasados quince minutos volvió a buscar, y nada. Definitivamente, el hombre que había empujado al mesero ya no estaba en el hotel. ¡Finalmente había encontrado al hombre que faltaba, el de la habitación tres! Seguramente él había tenido que ver algo con la ausencia de Belimir, ningún hombre cuerdo empujaría tan desmedidamente a un mesero como había ocurrido en el primer día. Lo más probable era que, desde el principio, hubiese tenido una alianza con el de la habitación dos para volver a provocar caos en el hotel, debía investigar todo lo que había ocurrido entre ellos dos desde antes de la reunión.

Sir Pavlov recordaba que, como parte de los protocolos de seguridad, los organizadores del congreso habían dispuesto el orden de las habitaciones para que nadie tuviese un conocido que esté en una habitación adyacente a la suya. De esta manera, cualquier tipo de complot se evitaría. Además, era imposible que los mecanismos de inteligencia del congreso fallasen, por lo que definitivamente debían haberse conocido en el mismo hotel. Así pues, Sir Pavlov tendría que lograr conseguir alguna coartada que los relacione. Cualquier cosa sería un buen avance.

Se puso en el papel de alguien que estuviese organizando un complot. Para esto habría dos opciones: conocer a alguien espontáneamente y organizarlo ahí, o venir con todo planeado de antemano. Ya que las dos habitaciones eran continuas, la segunda opción era inviable, pues dos conocidos no serían asignados en habitaciones cercanas. La primera opción no era tampoco convincente, en un ambiente en el que nadie habla con nadie, lograr que alguien quiera ser tu cómplice resultaba imposible. Sin embargo, había una opción más: los dos cómplices no se conocerían, ambos sabrían que tendrían un compañero dentro del hotel, pero no sabrían quién sería. Para esto tendría que haber un tercero, alguien que los haya organizado, "el organizador". Este habría situado a ambos desconocidos en habitaciones adyacentes para que puedan comunicarse más fácilmente. Solamente faltaba algo: ¿cómo

sabrían, al llegar, quién era su cómplice? La reunión siguió transcurriendo con mucha fluidez, y nadie parecía necesitar su ayuda con las discusiones que estaban teniendo lugar, así que abandonó la sala y se encaminó al lobby principal, a donde todos los invitados habían llegado el primer día. En cuanto llegó al lobby se acercó a uno de los trabajadores que se habían encargado de recibir a los huéspedes, y le dijo:

—Necesito saber quién fue el primero en llegar el primer día.

—Lo lamento señor, no puedo darle esa información —le respondió.

—Usted no entiende, es un asunto urgente —replicó.

—Puede que así sea, pero no puedo revelar esos datos —terminó.

Era totalmente esperable, no sería sencillo conocer qué había ocurrido en el hotel. Evidentemente los protocolos estaban muy bien estipulados, y resultaría imposible que alguien le revelase información de ese tipo. Además, era muy riesgoso intentar sobornar a alguien, pues de hacerlo con la persona equivocada se podría meter en un problema muy serio. Él sabía que tenía que haber alguna otra manera, algo que estuviese registrado en algún documento, y que acceder a él no resultase tan complicado. Por un momento, empezó a considerar la opción de dejarlo en manos de las autoridades, pues ellos sí podrían conseguir el acceso a todas las bases de datos del hotel, incluso a las grabaciones de las cámaras de seguridad. Pero no tardó en reconsiderar esto, pues de no descubrirse nada, podrían interpretar que todo lo que él estaba buscando era suspender las reuniones, ya sea por temor o desconfianza hacia los organizadores, y esto sería un fuerte golpe para su reputación.

Consideró también la opción de escabullirse en algún espacio que tuviese los registros que él necesitaba, como donde estaban almacenadas las grabaciones de seguridad, o la caseta de acceso al hotel, donde anotaban en una libreta cada vez que alguien salía o entraba. No concretó en ninguna de ellas porque eran demasiado arriesgadas, y ciertamente inviables, pues aún si realmente lograba demostrar algo, él también sería castigado por haber violado las normas del congreso.

Mientras pensaba en alguna otra solución caminó hacia la entrada de la habitación tres, solo que esta vez tomó la ruta larga, pasando por todas las habitaciones que habían en ese lobby. Sabía que todos estaban ocupados en el congreso, así que no habría nadie que pueda extrañarse de por qué él estaba caminando en alguna zona lejana a la de su habitación. Tras dar una larga vuelta por el pasillo, llegó por fin a su dormitorio, que, para su sorpresa, estaban limpiando.

—Buenas tardes señor, ya estamos por terminar —le dijeron quienes limpiaban.

—Yo espero —respondió.

Aprovechó de dar otra vuelta por el lobby, aquello le venía bien para poder seguir pensando en alguna otra manera de demostrar que los huéspedes de las habitaciones dos y tres eran efectivamente cómplices.

En esa segunda vuelta notó que había otro carro de limpieza en la habitación opuesta a la suya, es decir, la más lejana a la suya. Esto le pareció lógico, seguramente siempre limpiarían de ese modo, avanzando desde los extremos para encontrarse en las habitaciones centrales, así no tendrían que recorrer mucha distancia saltando habitaciones que ya estuviesen limpias. Además, en cada habitación terminada colocaban un cartón colgando de la puerta, de manera que nunca limpiarían dos veces el mismo dormitorio.

Cuando regresó, ya habían terminado de limpiar su cuarto, y ahora limpiarían el del costado, la habitación tres, que había sido recién desalojada. Meditó brevemente la posibilidad de intentar husmear en la habitación tan rápido como abriesen la puerta, pero aquello no serviría para nada, pues sería muy tonto que su huésped hubiese dejado alguna evidencia, aún más sabiendo que entrarían a limpiarla. Ya dentro de su habitación, creyó que sería buena idea buscar en internet noticias sobre el congreso, quizás ya habrían anunciado qué había sucedido con Belimir. Después de investigar un rato, no encontró nada.

Vio su reloj, ya faltaban unos pocos minutos para que terminase la tercera reunión, así que, algo frustrado por no haber encontrado ninguna manera de demostrar la culpabilidad de quienes

sospechaba, decidió estar presente en el final del congreso. Cuando salió de su habitación, se percató de que ya habían colocado el cartel que indicaba que su habitación había sido limpiada, le habían puesto el cartel 164. Siguió caminando y notó que la habitación próxima tenía el número 165, pero en cuanto pasó por la habitación dos, se sorprendió al ver que esta llevaba el 88, y que la primera habitación volvía a tener el 167. En cuanto notó esto se olvidó por completo de la reunión y corrió hasta la tercera planta. Ahí vio que los números en los cartones de las puertas eran mucho mayores, así que se dirigió a la cuarta planta, donde los números eran muy pequeños. Por fin, en la quinta planta encontró números similares a los de la habitación dos, pero notó que, en esa zona, ya habían terminado de limpiar las habitaciones varias horas atrás.

Esto quería decir que la habitación dos había sido limpiada al mismo tiempo que esas, quizás porque le habrían notificado al equipo de limpieza que ya era necesario hacerlo. Esto solo podía significar que el huésped de la habitación dos había llegado antes que todos, ocasionando que los horarios de limpieza de su habitación no estuviesen coordinados con los del resto de su lobby. Además, sir Pavlov estaba seguro de que esta era la única opción, porque el primer día había tenido que pedir que limpien su cuarto, pues había derramado sobre la alfombra una copa de vino, y no habían dejado ningún cartón de limpieza en su habitación. En las limpiezas extraordinarias, pues, no se dejaba el cartón colocado en la puerta.

Así, finalmente tenía la certeza de que el huésped de la habitación dos verdaderamente había llegado antes, muy posiblemente para tramar algo. Muy aliviado se encaminó hacia la sala de reuniones, y aunque sabía que ya era tarde, por lo menos podría conversar con los participantes que aún estuviesen allí para conocer cuáles fueron las conclusiones a las que se habían llegado. Fue así como se encontró con alguien y, disimuladamente, pues no quería que se notase que había abandonado la reunión, le preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Es un problema que tengamos que quedarnos por más tiempo —le respondió.

¿Por más tiempo? ¿A qué se referiría? Pensó sir Pavlov.

—Sí claro, es un problema —le dijo, terminando la conversación.

Ahora Sir Pavlov estaba muy confundido, no tenía sentido que el congreso hubiese tenido que extenderse. Los temas ya estaban por concluirse. Sería necesario buscar a otra persona, alguien que pudiese decirle qué había pasado. Fue así como buscó a otro participante, pero esta vez le preguntó:

—He tenido que salir al baño durante la reunión, ¿por qué no concluyó?

—Se espera que el presidente pueda presentar las conclusiones, y parece ser que hoy por la tarde sí podrá estar presente.

En ese momento se dio cuenta de que Belimir estaba bien, tal vez no le había ocurrido nada serio. Si esto fuera así, ¿por qué el huésped de la habitación dos habría tenido que llegar antes?, y ¿realmente había sido toda una coincidencia? Todas estas dudas lo inquietaban, pero solo podría comprobarlo si esperaba hasta esa tarde, hasta la próxima reunión.

Al final, si su hipótesis no estaba equivocada, Belimir realmente jamás se recuperaría, y entonces podría tener la completa certeza que estaba buscando. Lo mejor, concluyó, sería esperar. Pero aún no podía estar del todo tranquilo, sabía que, si Belimir acababa por ausentarse, los participantes se enfadarían porque hubiesen tenido que permanecer en el congreso por nada y, por supuesto, los huéspedes de las habitaciones dos y tres contarían con esto para usarlo a su favor. Era necesario tener completa certeza de que Belimir sí iría a la cuarta reunión, la de la tarde, de lo contrario tendría que empezar a idear alguna forma para encontrar a los huéspedes ausentes.

Aún no era tan tarde, de modo que aún podría darse el tiempo de indagar con tranquilidad. Solo que esta vez, pensó, ya no sería posible tomárselo a la ligera, sería necesario correr algún riesgo, pero lo valía.

Había una solución bastante clara: conversar con el presidente, con Belimir. Posiblemente no estaría muy dispuesto, pero lo que necesitaba no eran más que cinco minutos. Sabía que la charla debía estar muy bien preparada, pues de haber sido un complot, era claro

que Belimir no se lo haría saber o, quizás, ni siquiera estuviese enterado de que se estaba tramando algo en su contra.

Fue así que, decidido, preparó la entrevista en un par de horas. Se aclaró que, asumiendo que Belimir estaba enterado de que existía un complot, haría algo arriesgado, le diría desde un primer momento que ya sabía lo que estaba ocurriendo. Llevaría la conversación de esta manera: lo primero, todo el diálogo debería ir enfocado en convencer a Belimir de que su presencia era necesaria en el congreso. Segundo, a fin de que la reacción del presidente no sea pasiva, debería asumir que aquello que estaba perjudicando a Belimir había sido inducido de manera forzada para perjudicarlo. Finalmente, era necesario preguntarle por todos los detalles de lo que pudo haber visto o escuchado durante las primeras horas.

En cuanto terminó de planificar toda la conversación, salió de su habitación y tocó la puerta de Belimir. Una enfermera abrió, a quien le preguntó cómo estaba el presidente, y ella respondió que bien, pero que había sufrido una fuerte reacción alérgica. También le explicó que ya le habían realizado varias pruebas, y lo que tenía no era algo sencillo. Esto no era para nada bueno, no revelaba mucho: sabía que una alergia podría haber sido causada o inducida, aunque su opinión era clara, y con ella se presentaría a Belimir. Luego le comentó a la enfermera sus intenciones de conversar con él, a lo que ella pidió un momento, iría a preguntarle al presidente. Unos segundos después, le dijo que no habría problema, pero que fuese breve. Sir Pavlov entró en la habitación y vio a Belimir tumbado en su cama, también vio un sillón que apuntaba hacia la cama, por lo que se sentó ahí.

CAPÍTULO XV: La charla con Belimir

—Buenas tardes, Señor presidente.

—Cómo estás Pavlov, qué bueno verte.

Ambos habían compartido mesa en la cena del primer día, de modo que ya se conocían.

—Bien, gracias, ¿y usted?

—Preocupado por el congreso, ¿cómo se le ve al resto de participantes?

—Sinceramente, preocupados por su ausencia —afirmó Sir Pavlov.

—Ya te habrás enterado de que pedí la extensión del congreso, pero pienso que cometí un error. Me han realizado unas últimas pruebas y no parece que podré estar recuperado para esta tarde.

—Las personas se enfadarán con eso, deberían anunciar el fin del congreso ahora mismo.

—Ya no se puede, deben presentarse las resoluciones, y el presidente debe aprobarlas en persona, pero no podré salir de mi habitación en un par de días —dijo Belimir, preocupado.

En ese momento, Sir Pavlov consideró que debía ir al grano, tendría que confrontar a Belimir. Es así que, tras un breve momento de silencio, le dijo:

—Señor presidente, ¿es consciente de que han planeado algo en su contra?

—¿Qué estás diciendo? —respondió Belimir, genuinamente confundido.

—Usted lo sabe.

El silencio de Belimir evidenció su ignorancia del tema.

—No está enfermo por accidente, lo enfermaron —afirmó Sir Pavlov.

—¿Qué pretendes decir?

—La habitación dos, la que está al costado, fue abierta antes que otra. Además, justo después de que usted se ausentase, el mismo huésped dejó de presentarse a las reuniones. Y eso no es todo, sospecho que él tiene un cómplice, el de la habitación tres, él también dejó de presentarse, y no solo eso, sino que, además, parece que abandonó el hotel.

—¿Has hablado con alguno de ellos?

—Conversé con el de la habitación dos, pero evidentemente no me dio indicios de nada, sería muy torpe de su parte revelarme algo.

—¿Y por qué te preocupa todo esto a ti?

—Tengo el temor de que exista algún complot para provocar el caos en el congreso, y que lo ocurrido en los anteriores no haya sido casualidad, sino algo premeditado. Así, estos dos podrían ser cómplices en este plan. Además, pienso que esto es lo que teme la mayoría del resto de participantes. Le digo otra cosa: cada uno se ha ausentado en la reunión que corresponde con su número de habitación, empezando por usted. Y ahora, viendo que ya alargó el congreso, quiero recordarle que yo estoy en la habitación cuatro. Si algo me llega a pasar en las siguientes horas, el caos iniciará inevitablemente.

—Pavlov, ya he dado la normativa de extender el congreso. Debes aguantar una reunión más. No dejes que nadie te haga nada.

Se hizo entonces un breve silencio pensativo en la habitación, y justo cuando sir Pavlov iba a retomar la palabra, Belimir interrumpió diciendo:

—Si como dices tú, esos dos quieren ocasionar caos, tú serás la siguiente víctima. Luego el de la habitación cinco, quizás ya ni

siquiera sea de uno en uno, sino por grupos, y así hasta que se entienda lo que pretenden, que ciertamente no sabemos qué es. El congreso debía durar solamente tres sesiones, pero es claro que empezaron por enfermarme para que no pudiera aprobar las resoluciones, y yo hice justo lo que ellos querían, alargué el congreso para poder darlas, lo que les dará más tiempo para seguir causando problemas. Ya no puedo suspender el congreso, pero por lo menos entendemos lo que están buscando.

Belimir tenía razón, y no solo eso, lo había entendido perfectamente, ahora estaba claro que quien estuviese detrás de todo debía ser una gran mente, y que no resultaría sencillo desenredar todo el problema.

—Otra cosa, cuénteme qué encontró en el hotel cuando llegó el primer día —le preguntó sir Pavlov.

—Llegué unos minutos después de la hora establecida, de hecho, pienso que fui el último en llegar. No estuve mucho tiempo en el lobby, sino que subí rápidamente a mi habitación para ordenar mis cosas y preparar el discurso que daría durante la cena.

—¿Y todo en su habitación estaba en orden?

—Pues sí, excepto que antes de entrar tuve que volver al lobby porque me había olvidado de recoger la llave de mi puerta, así que no podía abrirla…

—i¿Su puerta estaba cerrada?! —lo interrumpió sir Pavlov.

Sir Pavlov recordaba, en parte porque había estado pensando todo el día en lo que había sucedido en los días anteriores, que el primer día todas las habitaciones tenían la puerta entreabierta, y las dos llaves de las habitaciones estaban sobre la cama.

—¿Y cuándo entró en la habitación notó las llaves que estaban sobre la cama?

—Sí, las dos llaves. Y con la que me dieron en el lobby, ahora tengo tres.

—Todos tenemos solamente dos llaves, porque todas nuestras habitaciones estaban abiertas el primer día. Se supone que recogías tu llave en cuanto entrabas a la habitación.

—Eso quiere decir que… —Belimir se quedó un momento pensativo.

—Alguien entró en su habitación antes que usted —interrumpió sir Pavlov.

—Esto es muy preocupante, es muy bueno que lo hayas descubierto.

—Señor Belimir, debería salir del hotel. ¡Vuelva a su casa!

—Puede que tengas razón, saldré hoy mismo, compraré un vuelo para más tarde. No volveré a dar otra extensión… temo que el congreso no podrá concluirse. Sin embargo, aún me interesa que no veamos otro caos. Tú debes evitar que la gente enloquezca. Además, tienes que encontrar a quien esté tramando todo esto, y por lo que me dices, todo apunta a que será ese huésped de la habitación dos. Consigue alguna prueba, y evita que arruine el congreso.

—Así lo haré. Mucha suerte.

Con esto, sir Pavlov abandonó la habitación de Belimir convencido de que debía evitar que el huésped de la habitación dos provocara el caos en el congreso. Él sabía que solo podría evitar el loquerío si lograba demostrar que aquel huésped era el culpable de la ausencia de Belimir, y que la única manera de conseguir esto sería de manera indirecta, pues ya había hablado con él y no parecía fácil hacer que revele algo. Es así que tendría que acudir a alguien que haya sido testigo de lo que él o su cómplice, el de la habitación tres, habían hecho. Ya había hablado con Belimir, el principal afectado, pero era claro que aquello no había resuelto ningún problema. Otra opción sería esperar a que la próxima reunión inicie y atenten contra otra persona, pero él sería el siguiente, y dado que ya había revelado su sospecha al huésped de la habitación dos, sería de esperar que puedan "desaparecerlo" en las próximas horas. Es así que no solo tenía opciones limitadas, sino también tiempo limitado.

Lo mejor sería encontrar al mesero que aquel hombre, el de la habitación tres, había empujado en el primer día.

CAPÍTULO XVI: El mesero, parte 1

Durante todo el tercer día, Mau había estado tratando de escuchar lo que ocurría en la habitación de Belimir, pero no resultaba nada sencillo. Solamente se escuchaba por momentos, y no se oía nada claro. Fue por eso que, transcurridas un par de horas, decidió dejar de escuchar a través de la pared, en parte por la inefectividad de lo que hacía, y en parte, también, porque la incómoda posición en la que había estado varias horas le había empezado a causar dolor en el cuello. Fue así que se pasó el resto del día leyendo e investigando sobre el congreso de Finburg. Creía que sería de mucha utilidad tener el mayor conocimiento posible de lo que había ocurrido en los años anteriores.

Realmente perdió el tiempo, pues nadie sabía absolutamente nada de aquellas reuniones: el primer congreso que se realizó es sobre el que se tenía mayor información. En él, aparentemente, ocurrió un incendio provocado, pues se demostró que alguien había estado entrando constantemente en el sótano, por donde pasaban las tuberías de gas. Pero nunca pudo saberse con total certeza de quién se trataba. Algo similar había ocurrido en el segundo congreso, donde la luz de todo el lugar se fue por largas horas, y nunca pudieron conseguir que regresase, lo que causó la

incomunicación del lugar. Dos días después, encontraron decenas de cadáveres, y nadie había visto ni oído nada. Sea como fuere, mientras el primer congreso sí parecía tener a alguien involucrado, y el segundo había sufrido una evidente falla técnica, esta vez nada de esto había sucedido. Una simple coincidencia de malas decisiones no sería capaz de provocar tantas muertes como en los anteriores, terminó razonando.

Alrededor del medio día los altavoces anunciaron la extensión del congreso. La voz del parlante había asegurado que el presidente asistiría a la cuarta reunión, la de aquella misma tarde, y por fin podrían presentarse las conclusiones. Mau, sin embargo, había escuchado lo suficiente: sabía perfectamente que Belimir tomaría un vuelo justo después de la hora de la comida. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Por qué querían seguir con las reuniones?

El dolor de cuello de Mau empeoraba considerablemente con cada hora que pasaba. Sabía que era arriesgado, pero decidió que sería bueno salir a la enfermería, en donde, con suerte, podría también preguntar por la novedosa extensión del congreso, quizás ahí podrían saber algo. Fue así que salió de su habitación y se encaminó al punto que en el mapa estaba marcado con una cruz roja, pero cuando llegó notó que estaba cerrada, era una habitación bastante grande y amplia, así que preguntó a uno de los trabajadores por qué la habían cerrado.

—No está cerrada, se han mudado temporalmente. Ahora funciona en el lobby tres —le contestó el trabajador.

El lobby tres no estaba cerca, tendría que ir en uno de los coches de golf que había por el hotel. De igual forma el paseo le venía bien, había estado todo el día encerrado en su habitación, lo que resultaba demasiado sofocante. Esto también le sirvió para percatarse de que todo en el hotel estaba muy tranquilo, no se veía que nada estuviese en caos o desorden. Es más, el lugar parecía incluso más paradisiaco que durante el primer día, con un ambiente tranquilo y pacífico. Mientras pasaba por el jardín en el que estaba el bar, pensó en Varikozni, seguramente estaría ya en su casa, tranquilo, aunque atento a las noticias, esperando a que ningún caos volviese a ocurrir.

Pensó en cómo aquel viaje había pasado a ser algo completamente inesperado. Jamás hubiese podido imaginar, por ejemplo, que no regresaría a su casa tan prontamente como lo había planeado en un inicio, así como que ahora estuviese tratando de evitar que alguien sospeche de él, y menos aún que el presidente del congreso podría haber enfermado por culpa suya. Y ahora, que las autoridades hubiesen extendido el congreso, aún sin entender muy bien el porqué.

Finalmente llegaron al lobby tres, en cuanto se bajó del coche notó que no tenía a la mano un mapa de ese lobby, así que tendría que darle vueltas hasta encontrar la enfermería. Entró por la puerta principal y se quedó asombrado con la arquitectura del lugar, que era completamente diferente a la de los otros lugares de Greenland. Entonces recordó que aquel segmento del hotel había sido el último en ser construido. Buscó varias veces, pero no encontró nada que diga enfermería, o similar. Posiblemente porque la mudanza era provisional, y el lobby tres no era su ubicación definitiva. Decidió caminar sin rumbo hasta encontrarla, pero bastó con dar unos cuantos pasos para ver, a lo lejos, una luminosa cruz roja. Esa cruz era, efectivamente, la enfermería. De un tamaño mediano, ni muy grande, ni tampoco muy pequeña, aunque ciertamente era más pequeña que grande.

Mau abrió la puerta y se sorprendió mucho, tuvo un fuerte recuerdo, uno en el que recordaba a su amigo, a Varikozni, pero no lo recordó del modo en que su última conversación lo sugeriría, sino que volvió a surgirle aquella percepción que había tenido de él el primer día, cuando le parecía un hombre frío y sin trato social. Lo recordó ignorándolo, siendo agresivo y poco amigable. La razón de todo esto era, por supuesto, que tenía a aquel mesero, aquel al que Varikozni empujó el primer día, delante suyo. Mau, en estas alturas, ya había olvidado por completo lo que había ocurrido en los primeros días con su amigo, el que entonces era "el hombre de aspecto alemán". Tuvo, entonces, una gran inclinación a entablar conversación con el mesero, podría finalmente apiadarse de alguien que había sido tratado injustamente. Le preguntó qué hacía ahí, a lo que el mesero le contestó que ese día, tras caer, había empezado a

tener una ligera molestia en el hombro, misma que luego había aumentado, y que haría que ahora le resultase casi imposible mover el brazo.

—¿Y qué harás? —le preguntó Mau.

El mesero giró su vista hacia la enfermera. Aparentemente, él también estaba esperando la respuesta de quien realmente sabía qué debía hacerse.

—Deberá guardar descanso, tiene que ir a casa —respondió ella.

Mau le quitó importancia al asunto y le explicó a la enfermera de su dolor de cuello. Ella le respondió que debía tomar una pastilla y recibir un masaje.

—¿El masaje puede ser ahora?, no quiero perder mucho tiempo —preguntó Mau.

—Sí claro, acomódate en la camilla —le respondió.

Al mismo tiempo, el mesero recibía las últimas indicaciones del tratamiento que debería seguir cuando estuviese en su casa, así como una nota médica que verificaba el descanso mandado. Mientras el masaje empezaba, la puerta se abrió y cerró, y el mesero abandonó la enfermería. El masaje duró una hora, en la que el dolor desapareció por completo. Entretanto, Mau conversó con la enfermera, y ella le contó que ya había estado en dos congresos anteriores, pero que su contrato siempre estipulaba que debía irse antes del fin del congreso, tiempo en el que solían darse las catástrofes. También le dijo que, curiosamente, este había sido el día en que más pacientes había recibido. Aparentemente, en los congresos no solían haber enfermos ni lesionados. Esto era lógico, porque toda la comida estaba muy bien preparada, y nadie realizaba ningún tipo de actividad física durante el tiempo de las reuniones. Mau también aprovechó para preguntarle a la enfermera si sabía algo de Belimir, pero ella le contestó que el presidente del congreso tenía siempre un médico privado, y no se atendía con el hotel. También notó que la enfermera solía entrar y salir de un pequeño almacén, en donde estaban guardadas todas las medicinas. El masaje terminó, y Mau se sentó en la camilla.

CAPÍTULO XVII: El segundo congreso de Finburg

Un año después del primer congreso, a Bianca le llegó un mensaje de la secretaría académica de su universidad, donde la citaban para tener un conversatorio breve con ella. Asistió con gusto, y ya ahí le introdujeron:

—Nos sentimos orgullosos de hacerte saber que has sido seleccionada para participar en el congreso de Finburg, por segunda vez.

No eran palabras ligeras aquellas que le devolvían el recuerdo de haber convivido con una multitud de personas ahora muertas, pero lo agradeció y salió de la oficina. Luego les contó a sus padres, cuya respuesta fue automáticamente negativa. No obstante, esta vez, la situación era diferente. Asistir al congreso supondría cubrir los créditos necesarios para graduarse, en otras palabras, si no asistía, debería esperar un año más para poder obtener su título. No es de extrañarse que una situación así pone a los padres en una postura extremadamente frágil: esperar un año más para la titulación haría que no pueda desarrollarse profesionalmente en aquello que había buscado por mucho tiempo, tendría, pues, que esperar un año haciendo alguna práctica que ciertamente sería innecesaria. Sin embargo, si asistía, la posibilidad de perder a su hija se hacía latente. Entretanto, decidieron dejar pasar unas horas para pensarlo

con calma, fue entonces cuando llegó un correo de la administración del congreso de Finburg. Este, entre otras cosas, hacía notar una peculiaridad en su contrato: solo debería asistir a dos días, los dos primeros.

Lo aceptó ella, así como sus padres.

Unos días después, ya estaba en el avión. Por supuesto estaba nerviosa, se expondría, otra vez, al congreso del que tanto se había hablado en el mundo durante el último año. Sin embargo, no era eso lo que la mantenía incómoda. Antes del primer congreso, ella solo podía pensar en la oportunidad profesional que estaba recibiendo, pero ahora tenía un pensamiento diferente, uno que, sin duda, resultaba angustioso: su interés por ir al congreso se alimentaba, en parte, por entender qué podría haber ocurrido la vez pasada.

El primer día de congreso se despertó, salió de su habitación y caminó hasta la enfermería. Colocó sus cosas y empezó a preparar todo lo que podría necesitar durante el día. Puntualmente, mientras preparaba cubos de hielo, alguien tocó la puerta. Y en cuanto volteó para ver quién era lanzó un chillido, una mezcla de conmoción y emoción, y lo mismo hizo Daniela, que la miraba desde el otro lado de la puerta.

—Creía que habías muerto —se dijeron la una a la otra.

Luego corrieron a abrazarse.

Resultaba lógico, por un lado, que Daniela, después de recuperarse de su dolor de cabeza, hubiese seguido asistiendo a los congresos, y que hubiese muerto cuando se dio el atentado. Mientras que, por otra parte, Daniela jamás habría imaginado que el mismo presidente le hubiese ordenado salir del congreso antes de que termine.

—Nunca se me pasaron los dolores, a medianoche decidí mover mi vuelo y volver a casa antes.

—A mí, el presidente me pidió dejar el congreso, y nunca me explicó el porqué.

—Pero bueno, ¿estás bien?, ¿por qué has venido? —le preguntó ella.

—Por suerte, esta vez no tengo dolores de cabeza. Olvidé empacar la pasta dental, y he venido a buscar una.

Se agachó y sacó una cartuchera que estaba debajo de la camilla, en la que había una pequeña pasta dental.

—Pues aquí tienes, Dani.

—Oye, ¿no estás preocupada por lo que pueda pasar?

—Tengo intriga, pero no me preocupa, me han contratado solamente por dos días.

Daniela se sorprendió. La situación era exactamente igual a la del congreso anterior. De ser así, lo mejor sería irse antes.

—Pues me iré yo también, habrá otro caos seguramente.

…

Así fue. Todos los que permanecieron en el segundo congreso también murieron, las causas fueron desconocidas.

CAPÍTULO XVIII: La enfermera

El segundo día de congreso fue incluso más tedioso que el primero para Bianca. Por lo menos la motivaba recordar que, a diferencia de los dos congresos pasados, su horario de trabajo diario terminaba significativamente más temprano. El día anterior había revisado la carta en la que todo esto estaba estipulado, y efectivamente, solo tendría que estar ahí hasta las ocho de la noche. Además, el primer día había decidido irse a dormir temprano por lo cansada que había terminado después del viaje. Sin embargo, el segundo día, pensó, lo aprovecharía mejor. Así fue, pues, y en cuanto llegó la hora de cerrar la enfermería no tardó en seguir todas las indicaciones que mandaba una gran lista ubicada sobre su escritorio de trabajo. Unos diez minutos pasadas las ocho ya había salido del pequeño hueco, como percibía a su lugar de trabajo.

Habían muchas que podían hacerse en el hotel, y era aún muy temprano para irse a la cama. La primera opción resultaba la más típica, la que solía hacer en casa, leer algún libro. Sabía que en algún lugar del hotel había una extensa biblioteca, con libros disponibles para todos los huéspedes, así como para los trabajadores. En todo caso, tenía varias opciones de lectura en la cabeza, la primera era *Macbeth,* recordaba que hacía un par de meses se la habían recomendado en una tertulia a la que había asistido. Otra opción posible era *El Túnel,* este otro había querido

leerlo siempre, pero jamás había tenido oportunidad de conseguirlo, aunque seguramente lo tendrían en esta biblioteca. Pensó también en *El Principito*, libro que, a pesar de ser una recurrente lectora, jamás había pensado en abrir, y quizás el momento era oportuno. Luego, tenía anotado algunos nombres en los que llevaba teniendo interés por leer hacía mucho tiempo, *Matar a un Ruiseñor* y *La muerte de Iván Ilich*. Aunque verdaderamente solo podía pensar en un título desde hacía largo tiempo atrás: *El Castillo*, de Kafka.

Sea como fuere debía caminar hasta la biblioteca, que realmente no sabía dónde estaba. Se acercó al mostrador del lobby, ahí habían varios folletos con el mapa completo del hotel, y con los que podría ubicarse. Mala fue su sorpresa cuando descubrió que la biblioteca estaba excesivamente lejos, tendría que caminar mucho hasta llegar. De todas formas, la realidad era que no tenía nada que hacer, no había prisa por llegar a empezar a leer, así que salió del lobby y se encaminó hasta ella. Cuando llevaba ya casi cinco minutos a pie, notó que empezaba a sonar un ligero ruido en el asfalto, y fue entonces cuando notó que pequeñas manchas de humedad empezaban a mostrarse en el suelo. Poco a poco, eran más las gotas que caían, hasta que, por fin, empezó a sentir cierta humedad en la cara y en los brazos, aunque no le importó y decidió seguir caminando. Seguramente dejaría de llover incluso antes de llegar, pensó. Entonces, casi de forma inmediata la lluvia aumentó exponencialmente, tanto que en solo unos cinco o diez segundos ya había quedado completamente mojada, como si estuviese bañándose. Se quedó quieta por casi un minuto, de todas formas, ya estaba empapada, y solo atinaba a pensar si lo mejor sería quedarse ahí, caminando bajo la lluvia, o volver a la enfermería a pedir un paraguas en el lobby. También pensó en entrar a algún otro edificio que estuviese más cerca, pero realmente lo más próximo era el lobby del que acababa de salir. Además, aunque malogrando la hoja, sacó el mapa de su bolsillo y notó que aún no había llegado ni a un tercio del camino, por lo que volver sería mucho más rápido que seguir caminando bajo esas condiciones.

Emprendió el camino de regreso a paso apresurado, sosteniendo un trote ligeramente rápido, lo que no puede llamarse correr, pues

tampoco era preferible agitarse. De todas formas, pensaba ella, ya no podría hacer nada que la haga estar más mojada. Eventualmente llegó hasta un cruce de caminos, uno por el que ya había pasado hacía no mucho tiempo, o eso pensaba ella. De algún modo extraño no lograba recordar aquel cruce, y no sabía si tendría que seguir recto o desviarse hacia la derecha. Imaginó que si no se había percatado de aquel cruce cuando venía desde el lobby, sería seguramente porque simplemente había caminado en línea recta, y no había prestado atención al camino que se desprendía del que ella seguía. Siguió de frente, pero no tardó en percatarse de que, definitivamente, no era ese camino del que había venido. Volvió a meter la mano al bolsillo del abrigo para sacar el mapa que tenía, pero fue en vano, porque lo único que consiguió fue romperlo por la mitad, y a pesar de tratar de unir las dos partes, ya era completamente ilegible. No tendría otra opción que volver al cruce y entrar por el otro camino.

En esto, vio que a lo lejos habían dos personas. Ambos parecían ser hombres, sujetaban un paraguas y los dos se reían fuertemente. Se acercó a preguntarles si sabían cómo volver, y aunque estaba completamente mojada e impresentable no cayó en este detalle hasta que ya era muy tarde para darse cuenta. La mirada de uno de ellos resultó más humillante que la misma idea de haberse perdido bajo la lluvia y sin paraguas. Con todo, se sumaba que ambos eran lo bastante altos como para generar cierta imponencia. Así, elevando la voz para hacerse notar y evitar volver a hacer la pregunta dijo:

—Buenas noches, ¿saben cómo llegar…

Cuando uno la interrumpió crudamente:

—¡Pero enfermera!

Y el otro añadió:

—No nos preguntes a nosotros, pero si quieres una recomendación, no te dejes el paraguas —gritaron a carcajadas.

Por supuesto, Bianca no añadió nada más que un gesto de sonrisa forzada y se volvió caminando al lado del que venía, hacia el cruce. Ahora ya no podía ver nada, la niebla se había sumado a la lluvia, y, con cierta ligereza, bloques de granizo empezaban a golpear sus brazos y piernas. La desesperación empezó a jugar en

su contra y olvidándose de los caminos comenzó a buscar un techo en el que refugiarse. Junto al lago, a unos cien metros de ella, había un banco con un pequeño techo, al que corrió y en el que permaneció sentada unos cinco minutos. El granizo era cada vez más fuerte, y de vez en cuando algún pedazo caía sobre sus pies o manos. Comenzaba a pensar en que si el clima no mejoraba tendría que esperar ahí mucho tiempo, incluso horas, y considerando que estaba completamente mojada y que la temperatura era cada vez menor, sabía que podría acabar enferma. Lo único que le quedaba, pues, era esperar. Lo mejor que podría pasar, pensaba, era que dejase de granizar, así le daría tiempo para empezar a correr hasta llegar al primer edificio que vea. Si no, por lo menos podría llamar a alguien que pasase cerca de donde ella estaba. Así se sentó en el banco y contrajo las piernas para calentarse un poco, pero el temblor y los escalofríos no cesaban.

A los veinte minutos vio que un grupo de tres personas se habían percatado de ella, pero no se acercaban a ayudarla, sino que parecía que hablaban entre ellos para decidir si debían acercarse o no. Entonces, cuando estaba por levantarse para pedirles ayuda, empezó a darse cuenta de que el comportamiento de los tres era raro, pues en cuanto ella volteaba a verlos, los tres apartaban la mirada. Además, sumado a que el escenario no era en absoluto agradable, el temor de que quisieran robarle o lastimarla empezó a rondar por su cabeza. Volvió a sentarse, sin quitarles la vista de encima, y entonces notó que, poco a poco, empezaban a acercarse, aunque no dejaban de verse dubitativos. Cuando estaban a solo treinta metros, les gritó desde lejos:

—¡¿Me ayudan?!

Un grito que claramente había sido entonado con temor y duda. En ese momento uno de ellos pareció negar con la cabeza, mientras los otros dos se exaltaban ligeramente, como pretendiendo empezar a correr. En ese movimiento, Bianca se puso de pie, pensando empezar a correr también. Esta última reacción rápida alertó a los tres, que cada vez estaban más cerca, y, ahora sí, empezaron a correr hacia ella. Después de dudar por un largo segundo, Bianca empezó a correr hacia el lado contrario, mientras ellos permanecían

en silencio corriendo hacia ella. En cuanto salió del techo empezaron a caerle los pedazos de hielo, pero les daba poca importancia. A ellos, en cambio, que estaban protegidos por un paraguas, no les caía nada, aunque, por esto, corrían más despacio que Bianca. Siguió corriendo por casi treinta segundos, y en cuanto tuvo algo de conciencia de lo que ocurría comenzó a gritar pidiendo ayuda, pero no había nadie alrededor. Ella, mientras corría, volteó la cabeza un par de veces para intentar medir la distancia que la separaba de los perseguidores, que estaban cada vez ligeramente más cerca, incrementando su desesperación y logrando producir las primeras lágrimas que, mezclándose con la humedad del clima, caían al suelo con cada zancada que daba. Llevaba ya varios minutos a un ritmo que resultaría insostenible por muchos segundos más, cuando notó que habían dejado de ser perseguida. Los tres que iban detrás de ella ahora estaban detenidos, y la observaban atentamente a la distancia. No tranquilizando esto por completo a Bianca, siguió con una marcha ligeramente menor, pero aún apresurada, para terminar de alejarse lo suficiente de ellos.

De pronto, a lo lejos, vio el edificio en el que estaba su habitación. Entró por fin en la recepción, no sin llamar la atención de todos los que estaban adentro, lo que era bastante normal, pues entraba absolutamente mojada, agotada y desarreglada. Nada de esto le importaba a ella, claro está, y solo pensaba en que había logrado salir bien de la persecución. Rápidamente caminó hasta su habitación, a la que prefirió subir por las escaleras, para así evitar toparse con alguien en el elevador.

No quería hablar con nadie, notaba que, por primera vez en su vida, le temía a las personas. Ciertamente jamás había sido víctima de un robo, y aunque suponía que eventualmente podría suceder, nunca habría imaginado que ocurriría en Greenland. Aun en su habitación, seguía sintiendo temor por aquellas personas, por breves momentos volvía a sentirse como una niña, temerosa de irse a dormir sin compañía, pensando en que alguien podría lastimarla en la oscuridad. Esto, pues, no duró mucho. Así, habiéndose recompuesto y vuelto en razón, tomó una hoja de papel, un bolígrafo y comenzó a escribir:

"Soy Bianca Favre, enfermera del Congreso de Finburg en sus tres ediciones. Mañana se llevará a cabo la última reunión del congreso, en ella, intuyo, se desatará el caos, morirán personas y, posiblemente, yo también. En la primera edición se me pidió abandonar el congreso antes de su finalización, acaté la orden y salvé mi vida. En la segunda edición volvió a ocurrir lo mismo, y otra vez, salvé mi vida. Hace semanas recibí la invitación para participar de la tercera edición, pero esta vez permaneceré aquí hasta el final, aun cuando incluso el contrato inicial estipulaba lo contrario. Si esta carta llegase a parar en manos distintas de las que la redactaron, es deber del lector evitar, a toda costa, la formación de un cuarto congreso. Siempre existirá la esperanza de que los atentados no vuelvan a ocurrir, pero yo he visto el interior de estos eventos en primera persona, y ahora, firmando con mi propia sangre, puedo atestiguar que ocurrirán tantas tragedias como congresos se lleven a cabo. Si el lector de la carta busca entender la razón de las muertes, que deje de hacerlo, no hay algo a lo que señalar. Si se quiere, puede apuntarse a los participantes, pero no a uno, ni a un grupo, sino a todos ellos. El mundo entero considera a esta gente como autoridades impecables, firmes y seguras, pero son completamente incapaces en cuanto a que no logran ver más allá de lo que ocurre dentro de ellos. Ningún participante será capaz de predecir lo que ocurrirá mañana, y tal vez yo tampoco, pero estoy segura de que seríamos capaces de hacerlo si levantásemos mínimamente la cabeza. Yo lo hice muy brevemente, y gracias a ello una chica podrá volver a casa, y otra podrá dejar testimonio de lo que no debe repetirse."

Dobló la hoja de papel, y escribió en un costado visible *"la tragedia de Greenland, antes de que ocurra".*

CAPÍTULO XIX: El mesero, parte 2

¿Cómo podría llegar al mesero?, se preguntaba sir Pavlov. Quizás no le resultaría difícil hacerlo, pensó: solo tendría que preguntarle a otro mesero, o a cualquier trabajador de aquel restaurante, y así le dirían dónde podría encontrar a su compañero. Concluyó así en que lo mejor sería ir al comedor en donde habían comido el primer día, donde el hombre de la habitación tres lo había empujado. Al llegar, cayó en cuenta de que sería extraño y sospechoso preguntar, sin más, por uno de los trabajadores, de manera que lo mejor sería pedir algo para comer antes de hacer cualquier pregunta. Ante todo, era importante seguir manteniendo un perfil bajo. Se sentó en la misma mesa en la que habían empujado al mesero y pidió un pastel de acelga, algo pequeño. Cuando ya estaba terminando pidió la cuenta, y en cuanto uno de los meseros le estaba cobrando, le preguntó:

—¿Dónde está mi amigo, el mesero de esta mesa? —quiso hacer la pregunta de manera disimulada, de forma que aparentase ser, realmente, alguien que había tenido una buena experiencia con aquel mesero.

—¿Gabriel, el que tuvo el accidente? —contestó el mesero.

—Sí —y agregó— mi amigo.

—Había estado teniendo fuertes dolores en el hombro, ahora debe estar en la enfermería, es posible que tenga que irse del hotel más tarde, si es que no ha salido ya.

En ese momento sir Pavlov se levantó exaltadamente de la mesa, buscó en su traje algo con lo que pagar la comida, pero solo tenía un billete de cincuenta euros. Igualmente, lo extendió sobre la mesa, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

—Eso incluye la propina —dijo con voz apresurada, mientras se alejaba de la mesa sin voltear hacia atrás.

Salió del restaurante y miró hacia ambas direcciones, corrió hacia uno de los trabajadores del hotel y le exigió un mapa completo del hotel.

—No tengo uno ahora, ¿qué es lo que está buscando?

—La enfermería.

—Al costado de los ascensores, en el lobby principal.

Casi sin mirarlo a los ojos, se dio la vuelta y comenzó a caminar a paso rápido, aquel mesero podría ser la única oportunidad que tendría de entender por completo qué era lo que estaba pasando. En ese punto, sir Pavlov no solo tenía la convicción de lograr aquello que el presidente le había pedido, sino también el miedo de que la hipótesis de ser el siguiente en desaparecer sea verdadera. Además, entendía que no debía revelar a nadie lo que tenía en la cabeza. La prioridad fundamental en dichas circunstancias era evitar que el caos se apoderase de todo el hotel. Debía, siempre, mantenerlo para sí.

La enfermería estaba a solo cinco minutos, tres, si corría. Es así que apresuró la marcha. Cuando llegó al pasillo que desembocaba en la enfermería notó una cinta con una clara instrucción: *"prohibido el paso"*. El mesero podría estar ahí, a solo un par de metros, pero no podría acercarse porque el pasillo estaba cerrado. Solo había dos maneras de llegar hasta la enfermería, saltando por sobre la cinta o rodeando toda el ala de habitaciones, lo que demoraría lo suficiente como para que sea demasiado tarde. Dentro del área creada por las cintas había dos trabajadores, que aparentemente estaban tratando de arreglar algún problema con la luz del lobby. Sir Pavlov les levantó la voz para ser bien escuchado y les pidió que lo dejasen pasar. Ambos le explicaron que tenían órdenes de no dejar pasar a

nadie, y le aclararon que no demorarían mucho. Pero en ese momento era tan grande la urgencia, que poco le importaría tener que obedecer las órdenes de dos hombres que no tienen ni la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo, así que agarró la cinta y estaba dispuesto a saltarla. Sin embargo, casi en perfecta coordinación entraron, por la puerta del lobby, tres mujeres, todas ellas participantes del congreso. Sir Pavlov entendía que su prioridad era evitar el caos, así que debía encontrar otra manera de llegar a la enfermería, y no sería rodeando.

Se dio la vuelta y empezó a buscar una ventana, pero la más cercana estaba subiendo las escaleras, así que se apresuró en escalarlas de dos en dos escalones. En cuanto llegó a la ventana, se asomó por ella y notó que la caída era de unos tres metros. Era lógico que sería imposible tener esa caída sin lastimarse, así que pensó que debía reducirla de algún modo. Muy convencido en que lo que hacía era completamente necesario, se sacó la corbata e hizo un nudo con ella en uno de los marcos de la ventana. Salió de la ventana con uno de los extremos de la corbata en mano, y se colgó de ella. Ahora estaba a solo un metro del piso, que seguía siendo significativo, pero ya no suponía un daño asegurado. Calculó su caída, y sin dudarlo mucho, por miedo a que alguien lo viese, se soltó. Aterrizó sobre el jardín, aunque eso no impidió que se doblase un tobillo. Ignoró el dolor en la medida en que podía hacerlo y caminó cojeando hasta el ingreso del lobby, en donde estaba la enfermería. Entonces, no tardó en caer en la cuenta de que estaba cerrada.

—¿Cómo puede estar cerrada la enfermería en pleno congreso? —le preguntó, bastante molesto, a uno de los trabajadores del hotel.

—La han trasladado por remodelaciones, ahora está en lobby tres.

—¡Mierda! —exclamó en la cumbre de su frustración. Seguramente el mesero ya estuviese por irse.

En seguida, el trabajador del hotel notó la frustración de sir Pavlov, así como su importante nerviosismo, y le ofreció llevarlo hasta la enfermería en uno de los coches de golf.

—Sí, pero apresúrese —respondió sir Pavlov.

—¿Está usted bien? —preguntó el trabajador.

—No importa.

Ambos caminaron hasta la puerta del lobby, donde había solamente un coche. Se subieron apresuradamente, lo que intensificó e hizo más evidente el dolor. Entonces, de manera tardada por la distracción que suponía un tobillo hinchado y caliente, se percató de que, a pesar de llevar más de veinte segundos en el coche, este todavía no estaba encendido.

—i¿Qué estás esperando?!

Pero el trabajador no contestaba, simplemente se le veía más nervioso intentando encender el vehículo.

—No está funcionando, señor —le dijo tras un momento.

—Eres increíble —respondió, de manera exageradamente sarcástica.

Sir Pavlov se bajó y empezó a andar, aunque la cojera y el dolor eran cada vez más evidentes. Pensó en que no tendría que andar todo el trayecto, pues seguramente vería algún otro coche de golf más adelante al que subirse. Caminaba lo más rápido que podía, pero a esa velocidad llegaría en no menos de treinta minutos, tiempo en el que, seguramente, el mesero ya se habría ido de la enfermería. En ese instante notó que a unos cincuenta metros, otro pequeño coche pasaba con gran velocidad.

—¡Esperen! —gritó bastante desesperado.

Pero no se detuvo, pues no lo habían oído. El cansancio del día, así como el de los días anteriores de congreso, habían empezado a tomar factura. Ya no solo estaba adolorido por la caída, sino también por el esfuerzo que suponía caminar con una pierna menos y por haber tenido que gritar mucho en tan poco tiempo. Se arrojó al suelo, sobre una pequeña zona de césped que estaba cerca a la vereda. Ahí empezó a golpearse la pierna derecha con el puño, de modo que el dolor punzante que sentía pudiera dispersarse. Claramente, esto no funcionó. Sin embargo, mientras lo hacía, un bus pasó a tan solo diez metros de él, así que se apresuró a ponerse de pie y hacerle señales al conductor para que lo recojan. Así fue, el bus se detuvo delante suyo, y por fin pudo subir. Ni bien subió notó que no podía pasar hacia los asientos, pues había una trampilla que

solo se abría escaneando una tarjeta. Pero Sir Pavlov no tenía nada en mano.

—Señor, si no se sienta no puedo avanzar —le advirtió el conductor.

—Olvidé la tarjeta.

—No puedo dejarlo entrar, tendrá que bajarse del bus —le contestó.

No habría manera en que pudiese llegar caminando, ya no solo por el tiempo, sino por el dolor que sentía. Se quedaría a medio camino, resultaría imposible atravesar todo lo que quedaba del primer lobby, y ni pensar en el segundo. Fue entonces que perdió la paciencia por completo, volteó hacia el conductor y gritó:

—¡Es una vergüenza! ¿Cómo pueden pedirnos una tarjeta de ingreso al bus si no hay nadie más en el hotel? Como no me dejes entrar, prometo que haré que pierdas tu trabajo, haré que pierdas todo aquello por lo que has trabajado. Te aseguro que tengo el poder suficiente para hacerlo.

Un silencio profundo aturdió a todo el bus, en donde ya solo se podía escuchar el sonido del motor y del aire acondicionado. Entonces, la pantalla que estaba al costado de la trampilla emitió un sonido de confirmación y la trampilla se abrió. El conductor no dijo una sola palabra más. Sir Pavlov caminó por el pasillo central buscando un asiento libre, mientras el resto de pasajeros lo miraban fijamente, algunos atemorizados y otros enojados. El trayecto duró unos siete minutos, en los que no se escuchó ni una sola voz, y en los que sir Pavlov aprovechó para acomodarse las prendas y el pelo, así como para secarse un poco el sudor que había acumulado. En cuanto estaban por llegar, sir Pavlov se apresuró a pararse justo delante de la puerta de salida del bus. Las puertas se abrieron y fue el primero en bajar, caminó a paso rápido hasta entrar en el lobby tres, y no tardó más de cinco minutos en encontrar la enfermería.

CAPÍTULO XX: Mau y sir Pavlov

Mau, sentado en la camilla, estaba terminando de ponerse los zapatos. Muy aliviado de por fin estar mucho mejor. En ese momento alguien tocó la puerta, giró la cabeza y reconoció a quien estaba entrando en la enfermería. Su nerviosismo no tardó en hacerse evidente, y no pudo evitar levantarse de un salto.

—¡¿Dónde está el mesero?! —Exclamó sir Pavlov, mirando muy directamente hacia Mau.

—Se ha ido, debe estar ya saliendo del hotel —le respondió Mau, llenándose de compostura.

Entonces, Pavlov se aseguró de que no hubiese nadie más afuera de la enfermería, luego volteó hacia la enfermera y le dijo:

—Déjenos solos, es una orden directa del presidente Belimir.

Bianca, la enfermera, se retiró de la enfermería y sir Pavlov cerró la puerta con seguro.

Él se acercó rápidamente hacia donde estaba Mau, lo tomó del cuello de la camisa y exclamó con los dientes juntos:

—¡¿Quién eres y qué quieres?!

Mau extendió el brazo y lo alejó empujando su pecho con su antebrazo, luego se levantó de la cama y dio un paso adelante, hacia donde estaba el otro hombre. Sir Pavlov retrocedió un par de metros, pero no perdió el equilibrio ni sintió dolor.

—Soy Mauricio Gastelumendi, llevo mucho tiempo intentando evitar que este lugar se convierta en un caos, pero aparentemente tú pretendes ocasionarlo. Ahora te tengo justo frente a mí, y créeme cuando te digo que no hay nada que puedas hacer. Ya has ocasionado demasiados problemas en congresos pasados, tú o aquellos con quienes trabajes…

Todavía estaba hablando cuando Pavlov lo interrumpió:

—¿Causar el caos?, de qué mierda hablas. Deja de hacerte el estúpido y pretender que no quieres matar a toda esta gente.

—Yo no voy a matar a nadie —respondió Mau.

—¿Ah sí? ¿Y para qué tipo de acto bondadoso decidiste enfermar al señor Belimir?

En ese momento se detuvo el tiempo para Mau, que tuvo una reacción inmediata e inconsciente, un plan de acción no-meditado, pero completamente desarrollado, para el que Mau no había invertido esfuerzo, sino que se había generado casi espontáneamente como consecuencia de haber invertido largas horas espiando a alguien para evitar una situación que verdaderamente no tenía forma de evitar, una situación que ocurriría indefectiblemente.

—No quiero caos, la enfermedad de Belimir no la causé yo, y tampoco falté a las reuniones porque esté tramando algo, o porque quiera matar a alguien.

—No creo nada de lo que dices, pero ya no es problema mío, llamaré a los guardias del hotel y te arrestarán. Pagarás el precio que mereces —respondió Pavlov.

En la mesa sobre la que trabajaba la enfermera había un teléfono con línea directa al lobby, así como con la seguridad del hotel, ambos sabían esto porque en cada habitación había uno igual. Pavlov dio un paso hacia la mesa y quiso coger el teléfono, pero Mau golpeó su mano y lo evitó.

—No vas a llamar a nadie, ocasionarás un caos que no existe, algo que no ha ocurrido y que ocurrirá solo si tú quieres que suceda, y así ha sido desde el principio, con cada uno de los congresos, con cada miembro de todos los congresos. Por supuesto que nadie quiere morir, nadie quiere fracasar, pero desde que estamos aquí no

hemos dejado de pensar en cómo sucederá, en quién será el culpable o en quién lo está tramando. Eres tú mismo, y soy yo mismo. Somos los causantes, nosotros y nuestra incesable pretensión de evitar que suceda.

Pavlov lo ignoró.

—Si llamo te expulsarán —dijo sir Pavlov con énfasis— piensa que, aun si verdaderamente no pretendes ocasionar problemas, tu expulsión significaría, para mí, la opción de mayor seguridad, pues me aseguro de reducir los riesgos.

—Pues puedo decirte exactamente lo mismo, pienso que tú puedes ser un riesgo para toda esta gente, y si yo me voy, yo que soy el único que tiene una idea de lo que tu hipocondría podría llegar a ocasionar, acabarás por causar un desastre en este lugar. No pondré a toda esta gente en peligro.

—Pues bien, quédate —y mirando al suelo, sir Pavlov le dijo— yo te prometo algo: si tú te quedas en el hotel, yo me aseguraré de provocar el caos.

Mau, al escuchar esto, se lamentó profundamente. Entendió que la locura estaba fuera de sus manos.

—Así que felicidades —añadió sir Pavlov— o te vas, o arruino tu plan de causar el caos causándolo yo mismo.

—Acaso… —intentó añadir Mau.

—¡¿Qué?! ¡¿Acaso qué?!

—¿Acaso tienes alguna idea de lo que ocurrió en los congresos anteriores?

Sir Pavlov no respondió, confundido por la pregunta que tenía enfrente.

—Nadie la tiene, pero cómo habrían de tenerla. Todos mueren —se respondió Mau, a sí mismo.

—¿Y qué pretendes entonces? ¿Matarnos también a todos? —cuestionó Pavlov.

—A lo que voy es que nadie, nunca, de todos los congresos en los que ha habido caos, ha salido con vida del último día. Si pretendes volver este lugar un manicomio, debes tener en cuenta que tú tampoco saldrás de él.

—Eres un psicópata, solo tú serías capaz de organizar un atentado que acabe con tu propia vida, y ¿para qué? ¿para ser recordado acaso? Nadie recuerda a alguien que no conocieron, y a ti, Mauricio, nadie te conocerá.

Mau suspiró. Ya no tenía sentido seguir hablando con él.

—¡Vas a suicidarte, y matarás a todas estas personas para saciar tu placer, ¿eso quieres?! —insistió sir Pavlov.

Mau perdió el control de su cuerpo. Su primera reacción fue empujar a sir Pavlov. La fuerza del empujón hizo que cayera sobre el armario que estaba justo detrás de él. Una bolsa llena de tijeras y cortaúñas cayeron sobre sí. Sir Pavlov sujetó la bolsa antes de que cayera al suelo, la rompió y dejó caer los cortaúñas, quedándose solamente con la tijera en la mano. Mau, que seguía a unos pocos centímetros de él, se acercó rápidamente para intentar quitársela, pero sir Pavlov buscó insertarla en su torso. El impulso de su propio brazo bastó para que Mau, desviando muy ligeramente su muñeca, cambiara el destino del golpe y acabase enterrando la tijera en su propio pecho.

Sir Pavlov se desplomó, y Mau ni siquiera lo miró. Así, ignorando a plena conciencia el cuerpo malherido de su colega, vio el reloj, se acomodó la camisa, recogió sus cosas, y se dispuso a salir. Al abrir la puerta de la enfermería, se aseguró de que la enfermera no viese hacia adentro, hacia donde estaba sir Pavlov, y le preguntó:

—¿Dijo que le pedían dejar el congreso unos días antes de que acabe?

—Sí —respondió, mientras sospechaba que algo no estaba en orden.

—¿Qué día será eso?

—Esta vez me quedaré hasta el final.

—Pues a eso iba, aparentemente el presidente está exigiendo más seguridad y ha pedido que dejes ya la enfermería.

—De acuerdo, pero…

—Es mejor así, si te vas ahora estarás más segura. Ni siquiera entres, yo iré por tus cosas, ahora vengo.

Mau entró en la enfermería y recogió todo lo que podía ser de ella, luego salió y se lo dio. Esta vez, tampoco le dirigió mirada a sir

Pavlov. Entonces, justo cuando ella ya se estaba yendo, Mau le preguntó una última cosa:

—¿Eres la única enfermera?

—Soy la única.

—Adiós —terminó Mau.

Era ya tarde, y la siguiente reunión empezaría en la noche, a las nueve. Al salir de la enfermería, Mau la cerró con seguro y se aseguró de dejar el cartel "cerrado" en un lugar visible. Además, se llevó la llave, que, en cuanto tuvo oportunidad, arrojó al lago. Luego volvió a su cuarto y se preparó para asistir a la siguiente reunión. Esta vez tenía que asistir: sabía que acababa de deshacerse del siguiente huésped, el de la habitación número cuatro.

CAPÍTULO XXI: La última reunión

La reunión empezaría justo después de la cena. Esta reunión era, por supuesto, una reunión inesperada, los temas ya deberían haberse concluido.

Mau terminó de alistarse y se dirigió al comedor. Esta vez, había decidido ponerse una boina. Mientras caminaba volvió a notar la soledad que había sentido en los primeros días. Otra vez, la ausencia de personas era muy llamativa. Pero no todo era igual que en el comienzo, algo había cambiado, no en el hotel, ni tampoco en las conferencias, sino dentro de él. Ya no temía por llegar tarde o temprano, ahora se encontraba completamente despreocupado de su actuar, y de cómo podría ser visto a los ojos de los demás participantes. Llegado este punto, Mau debía salvar a toda esta gente. El problema ya no era ajeno, era ahora intrínseco. De actuar mal, el caos empezaría, seguramente moriría gente, seguramente él mismo moriría, así como el resto de participantes. De actuar bien, en cambio, nadie ahí sabría lo que podría haber ocurrido, sería el primer congreso exitoso. Aun con eso, el objetivo era claro, y no existía dentro de sí la más mínima duda de que el único camino correcto era el segundo.

Llegó al comedor y el desagradable silencio se hizo notar casi inmediatamente. Cada quien en lo suyo, las únicas voces que se alcanzaban a escuchar eran las de los meseros tomando órdenes y la de los cubiertos sonando contra los platos. Cuando llegó, todavía había varios lugares vacíos, casi la mitad. Esta vez, se sentó en una mesa en la que solo había gente a la que no había visto nunca, y eso estuvo bien, no hubo incomodidad ni charlas en la mesa. Para comer pidió un par de albóndigas de carne, el resto de opciones eran comidas que eran difíciles de comer, y no tan agradables.

Mientras esperaba, casi inconscientemente, empezó a fijarse en todos los rostros que tenía a su alrededor, juzgando uno por uno. Con esto pretendía, única y exclusivamente, encontrar posibles aliados para un eventual caos. Si dicha situación se daba, no habría manera de identificar un buen rostro, pues ya todos estarían aterrados, de modo que era preciso hacerlo con anticipación. Le sorprendió que los rostros confiables no eran pocos, pero se camuflaban cuando se juntaban tantas personas. Viendo a cada uno por separado dejaban de parecer individualistas, empezaba a notar que cada uno tenía una semblanza propia, que aquellas personas no eran solo la etiqueta superficial que resultaba tan sencillo adjudicarle a todo el grupo en conjunto. Un rato después ya había centrado su atención en tres o cuatro rostros. Y, acto seguido, tuvo un pensamiento de esperanza: esperanza de nunca tener que acudir a ellos.

La cena terminó y ya era el momento de ir a la sala de la reunión, que había variado con respecto a las reuniones anteriores. Sin embargo, cuando se disponía a salir del comedor se escuchó la voz del parlante:

—La última reunión del congreso de Finburg ha comenzado, se pide encarecidamente a quienes aún no hayan llegado a la sala de reuniones presentarse pronto. Les recordamos que el ingreso a la sala se dará exclusivamente por la puerta central. Además, por motivos de seguridad, cerraremos la puerta en pocos minutos.

¿Qué? ¿Ya comenzó? Volteó la mirada al reloj de la pared, eran las nueve en punto. Entonces, casi en simultáneo, todos los que estaban a su alrededor se levantaron eufóricamente y empezaron a

encaminarse a paso apresurado hacia la sala de reuniones. El restaurante, en un breve momento, pasó de ser un lugar silencioso y tranquilo a un loquerío bullicioso. Todos querían pagar en simultáneo, pero no había tantos meseros como para atender a todos. Muchos empezaron a dejar billetes sobre las mesas y a salir corriendo por la puerta del restaurante.

—¡No podemos quedar fuera! —se gritaban unos a otros— ¡no puede ser nuestra culpa!

"¿Nuestra culpa?" resonó en la cabeza de Mau. Cualquiera pensaría que quedarse afuera de la última reunión significaría perderse las conclusiones, los acuerdos, las directivas, etc. Pero, más allá de eso, y ahora Mau se daba cuenta, los otros participantes empezaban a creer que, si no asistían al último congreso, entonces sufrirían en carne propia una nueva tragedia. ¿Tal vez como un castigo? ¿O quizás sería la forma de asegurar que las decisiones del congreso sean unánimes?

—¡¿Qué no se han dado cuenta aún?! —gritó Mau desesperado— ¡Nadie les hará nada! ¡Ustedes mismos ocasionarán el caos!

Pero nadie lo estaba escuchando. Cuando terminó de gritar, el restaurante ya solo tenía meseros.

Mau se apresuró a seguir a la muchedumbre enloquecida, corrió hasta el lugar indicado para la reunión. Él sabía que no podía llegar después de la lista, no después de lo que había ocurrido con sir Pavlov. Más que eso, ya no se trataba de una suposición, si llegaba tras la lista, sabía que debería empezar a recordar rostros.

CAPÍTULO XXII: Los tres presentes, los cuatro ausentes y el fin

El tercer día de reuniones, en el que Daniela había acordado irse por la mañana, mientras Bianca seguía dejando pasar el tiempo en la enfermería y cuando ya faltaban no más de dos horas para el congreso final, aquel que habían añadido de forma repentina, alguien volvió a llamar a la puerta de la enfermería. El primer pensamiento de Bianca, entonces, fue que Daniela habría vuelto para intentar convencerla, otra vez, de irse. Sin embargo, este no fue el caso. En la puerta había un hombre bastante alto, que llevaba la vestimenta no de un participante, sino de un mesero.

—Hola —dijo él— tengo un dolor bastante intenso en el hombro, no puedo mover el brazo.

—Pasa, siéntate.

Mientras lo atendía pensaba que, de los tres congresos, aquel hombre era el primer paciente real que había tenido.

—¿Cómo te hiciste esto? —preguntó ella.

Pero él, sin prestar atención a la pregunta, contestó:

—¿Has venido antes a uno de estos congresos?

La pregunta, verdaderamente, la sorprendió.

—He estado en todos —dijo, con cierto orgullo.

—Los participantes no están bien de la cabeza. No me extraña que luego no sobrevivan. El primer día, durante la cena, uno de ellos se enfadó y me empujó.

—¿Y con el empujón te causó esto en el hombro?

—Nunca me habían dado uno tan fuerte, y he tenido que sufrir varios. Pero este fue descomunal, esperaría esa reacción hacia alguien que te ha hecho un daño irreparable, no durante una cena. Mucho menos a un mesero.

Realmente había sufrido un esguince bastante ligero en el brazo, que posiblemente mejoraría en no más de unos cuantos días. Lo importante, sin embargo, era que, aunque él no fuese uno de los participantes, Bianca sabía que tenía que sacarlo de Greenland.

—Pues mira…

En ese momento otro hombre abrió la puerta, aunque este último sin tocar. No era un hombre alto, pero tampoco excesivamente bajo. Bianca notó, rápidamente, que tenía un aspecto diferente al de los otros participantes. Le ocurrió algo similar a lo que le había sucedido con Daniela: este hombre casi parecía ser bueno.

—Perdone si lo molesto, pero, ¿usted es el mesero al que empujaron el primer día? —preguntó él.

—Sí, por eso estoy aquí. Desde que caí al suelo he tenido mucho dolor en el hombro, ahora casi no puedo mover el brazo entero —respondió.

Entonces, el hombre que acababa de entrar le preguntó qué haría, a lo que el mesero volteó a verla a ella, suponiendo que la respuesta venga de quien debía saberla.

—Deberá guardar descanso, tiene que ir a casa.

Así, por lo menos habría alejado a un trabajador del peligro.

Luego, mientras terminaba de firmar el descanso médico del mesero, el segundo hombre le comentó que tenía dolor de cuello. Ya con este eran dos pacientes completamente reales que, curiosamente, habían coincidido en tiempos, dentro de una inmensidad de nada.

—Te recetaré una pastilla, y lo mejor será que recibas un masaje para destensarlo.

—¿El masaje puede ser ahora?, no quiero perder mucho tiempo.

—Sí claro, acomódate en la camilla.

Luego de darle la nota médica al mesero empezó a hacer el masaje. Entretanto, ya que este duraría un buen rato, comenzó a conversar con el paciente, que se llamaba Mauricio y que, a diferencia del anterior, sí era un participante. Durante toda la plática, Bianca pensaba en que ese tal Mauricio no era como el resto de participantes, él era alguien común, como cualquier persona que encontrarías en el mundo. Por esto, pensó que sería muy probable que personas como él hubieran llegado a ese congreso por accidente, al igual que ella en el primero. Seguramente habrían pecado de inocencia y pararían en el lugar al que seguramente le tenían confianza por todo aquello de la altísima seguridad y planificación, pero que muy lejos estaba de tener aprecio por la vida de los que participaban en él.

No podía quedarse callada, era necesario que le explique todo lo que ocurría ahí, y que debía irse antes de que inicie la última reunión. Es así que, cuidadosamente, le contó todo aquello que había vivido en los últimos años, cuidando mucho las palabras que usaba para convencerle de abandonar el hotel lo antes posible. Primero le narró su historia, y de cómo había llegado por primera vez a los congresos. Luego le explicó lo que fue para ella descubrir que las personas con las que había compartido unos días, y para las que había trabajado, murieron repentinamente en cuanto ella volvió a su casa. También le dijo que, durante el transcurso del día, posiblemente durante la última reunión, el caos volvería a desatarse.

En cuanto terminaron el masaje, mientras Mauricio se sentaba en la camilla, alguien más tocó la puerta, y sin esperar respuesta, entró en la enfermería. Era otro hombre, pero este era uno más del montón. Estaba completamente destrozado, parecía que acababa de pelear con alguien, o que venía arrastrándose por el lodo. Y antes de que Bianca pudiese notar alguna otra cosa de su aspecto, exclamó:

—¡¿Dónde está el mesero?!

—Se ha ido, debe estar ya saliendo del hotel —le respondió Mauricio, que aún seguía enderezándose del masaje.

En medio del intercambio de palabras, Bianca notó que el hombre que acababa de entrar la miraba con desprecio. Fue así que, tras decir esto último, se acercó a ella y le dijo:

—Déjenos solos, es una orden del presidente Belimir.

Sin ánimo de discutir con uno de los que, evidentemente, causarían el caos, dejó la enfermería, pero esperó afuera. Pensó en pegar el oído a la puerta, pero en vista de que por ahí pasaban varias personas, no quería arriesgarse a causar sospechas sobre la discusión que estaba ocurriendo dentro. Aun así, llegó a escuchar algunas partes, e incluso golpes fuertes. Entonces, un trabajador del lobby pasó muy cerca de ella, y para evitar que este oiga algo mientras pasaba frente a la puerta, le preguntó qué hora era, a lo que le respondió que no estaba seguro, pero que ya faltaba bastante poco para que inicie la última reunión.

En aquel momento recordó que debería estar de pie junto a la puerta en unos momentos, no sin antes recoger algo con lo que podría llegar a defenderse si era necesario, y aunque ya había metido el bisturí en su bolsa, se la había dejado adentro. El único problema, claro estaba, era que no podría sacar nada de la enfermería hasta que esos dos no saliesen. Los minutos pasaban y ninguno se asomaba, hasta que sorpresivamente Mauricio abrió la puerta, causando en ella una leve sensación de alivio.

—¿Dijo que le pedían dejar el congreso unos días antes de que acabe? —preguntó Mauricio, pues durante la conversación que acababan de tener ella le había comentado que así había sido.

Luego agregó:

—Pues a eso iba, aparentemente el presidente está exigiendo más seguridad y ha pedido que dejes ya la enfermería.

Intentó responderle, pero Mauricio la interrumpió y le insistió en irse ya mismo, incluso acercándole sus cosas, como si no quisiera que entrase de nuevo.

Así, Mauricio se fue, y ella, arrastrada por el impulso de llegar a tiempo al lugar en el que debía estar, se encaminó hasta la gran puerta. Lo que acababa de ocurrir en la enfermería, pensaba, era la manifestación más clara que había tenido hasta el momento de que el caos empezaría durante la última sesión, que ya debería estar por

comenzar. Ahora debía empeñarse en dos cosas, intentar salvar a alguno de los participantes, y observar lo mejor posible todo lo que suceda, solo así podría entender cómo y por qué todos los congresos de Finburg acababan por caer en crisis. Es así que, a falta de tan solo diez minutos para que inicie la reunión, se ubicó en la gran puerta.

Era muy importante que vuelva a darle una mirada al mecanismo que le habían explicado antes, pues si iba a cerrarla, no podía fallar cuando el momento sea crítico. Lo primero que hizo fue ver el panel de circuitos que estaba dentro de la sala de reuniones, que efectivamente estaba nada más entrar, hacia la derecha, pero que sí estaba lo suficientemente separado de la puerta para que quien estuviese fuera del salón no pudiese ver a quien activaba o desactivaba la corriente del mecanismo. Los interruptores tenían forma de V con el ángulo más abierto, donde la parte de abajo estaba fija y los dos extremos podían presionarse para inclinarlo hacia un lado o el otro. Además, comprobó que cuando la parte de arriba estaba presionada, significaba que el interruptor estaba encendido. De este detalle se dio cuenta porque la lámpara central estaba apagada, mientras las laterales encendidas, y precisamente los interruptores con etiquetas "lámparas laterales" estaban hacia arriba, y el otro hacia abajo. Luego de comprobar que el interruptor de la puerta permanecía apagado, volvió a salir del salón y se situó en donde le había sido ordenado. A dos metros de ella, justo en medio de la puerta, había una palanca roja, que tal y como se lo habían explicado, era el arrancador.

Esa palanca roja no podía transmitir otra cosa sino temor. ¿Bastaría con tirar de ella una vez? ¿Con qué fuerza? ¿Con qué rapidez? Si no lograba hacer que el mecanismo funcione jamás podría cerrar la puerta, y quién sabe qué pasaría si una muchedumbre enloquecida quisiera salir por el mismo lugar. Entonces, repentinamente y en simultáneo, una multitud de participantes comenzaron a caminar a paso firme y acelerado, mientras los altavoces anunciaban el inicio de la reunión. El clima de tranquilidad que existía hacía unos pocos segundos se había extinguido. Ya solo podía respirarse la ferocidad de una multitud

materialista, indiferente y, ahora, a pesar de que ellos no lo sabían, dando pasos firmes a su muerte, muerte causada por ellos mismos.

Mientras todos entraban al salón, Bianca intentaba buscar desesperadamente alguna mirada que transmita mínimas señales de vida, pero no la había: ya estaban todos muertos, aun cuando todavía caminaban. Su búsqueda no cesó, ni por un momento, y no por la tristeza de aquel que vio a multitudes entrar en campos de exterminio, sino por la preocupación de aquel otro que cree que alguien vivo podría estar entrando en un lugar de muertos.

Estaba buscando a Daniela, pero fiel a su palabra, había abandonado el congreso. Mauricio tampoco estaba entre los muertos.

…

Mau corría a paso rápido por la entrada del lobby principal. Cuando era pequeño, una vez había tenido que correr de varios perros que se le habían aparecido mientras caminaba a su casa por la calle. Ya habían pasado muchos años desde aquel día, pero recordaba perfectamente el miedo atravesando su cuerpo, mientras su cabeza solo podía imaginar lo peor.

Ahora, volvía a experimentar lo mismo, pero ya no solo corría para salvar su vida, sino también la vida de tantos. Entonces observó un reloj ubicado en la parte alta de unas de las paredes del lobby, fue cuando se dio cuenta de que ya era tarde. ¿Todo habría sido culpa suya? ¿Si no hubiese pensado en evitar el caos lo habría evitado?

El primero: todo había comenzado con el aperitivo que le había dado a Belimir, y lo más probable era que ni siquiera habría enfermado por eso. Él era el segundo. El tercero: su amigo, el que empezó siendo el hombre de aspecto alemán y terminó siendo Varikozni, ¿dónde estaría ahora? El cuarto: con quien había peleado en la enfermería, ya no asistiría a la reunión. ¿El quinto sería el siguiente? Lo sería, pero, ¿cómo? ¿No era acaso esa la paranoia que podrían llegar a tener los participantes del congreso? Eso mismo era,

pero la paranoia se había convertido, en sí misma, en la causa de aquello a lo que se le temía.

Entretanto, llegó a la gran puerta. Ahí estaba Bianca, que por fin habló con uno de los que entraban a morir.

—¡Mauricio! —exclamó ella, con estrés visible.

—¿Ya empezaron?

—No lo sé, pero creo que no. No he escuchado nada.

—Entraré.

—¡No! —mientras se lo gritaba le tomó el brazo para no ser ignorada.

—¡¿Qué haces?! —volteó él, completamente fuera de sí— si llego después de que digan mi número será tarde.

—¡Ya es tarde! ¿Qué no has visto a estas personas? El congreso entero gira en torno al caos. ¡Estas personas murieron antes de venir!

—Es culpa mía.

Y Bianca fue ignorada.

—¿Qué dices?

Mau la interrumpió:

—Estos congresos terminan así porque el único principio que tienen los participantes es la paranoia. Estas personas son indiferentes, pero no les importa lo que son, porque para ellos es más importante parecer que ser. Se ven tranquilos, pero realmente no lo están, y en cuanto algo se escape de su control actuarán como lo que verdaderamente son: seres que han olvidado lo que es gobernar, porque antes, han olvidado gobernarse a sí mismos y ya solo saben gobernar a los demás. Cuando enfrenten la crudeza de la vida que ellos mismos han formado no sabrán reaccionar, porque jamás han reaccionado ante su propia vida. Un animal tampoco ha tenido que reaccionar ante su propia vida, por esto, cuando la muerte es latente, sobreponen el instinto más innato que tienen: sobrevivir.

Se hallaron los dos, como suspendidos, en una gran muchedumbre de muertos andantes. Los muertos vestían muy elegantemente: *todos ellos caminaban, posaban, miraban y hasta*

respiraban de manera estructurada. Algunos también llevaban boinas.

—Mira a tu alrededor, Bianca, son humanos, sí, pero ya parece que les quedan solo dos cosas: el instinto y el miedo. Y ahora lamento que, aquí, el que vivió del miedo, termina siendo víctima de aquello a lo que le temió.

—No entres ahí ¡Te lo ruego! —le replicó ella.

—Haré lo más humano, lo que creo correcto. Correré un riesgo porque veo que existe la posibilidad de salvar la vida de muchos.

—No lo vale, son todos malas personas.

—¿Y cómo lo sabes tú?

Bianca, ya con lágrimas en los ojos, le repetía por última vez:

—Solo vine aquí para salvar a alguien, pero ahora no quiero salvar a una sola de estas personas.

—¿Qué es lo que pensabas hacer para ayudarlos?

Bianca tenía las palabras que le había dicho a Daniela en la punta de la lengua: hacer todo lo que le pidieron que haga. Pero al responderle a Mau, las palabras que pronunció fueron diferentes.

—Estropear la puerta para que no puedan abrirla desde dentro. Así, lo que sea que ocurra, no saldrá al hotel.

—Pues ciérrala, esa es tu decisión, y ya que es tuya y no de otro, deberías seguirla.

—Pero podría ser un error, podrían morir todos —dijo frustrada.

—Tienes la oportunidad de hacer lo que piensas que es bueno para salvar a toda esta gente, no debes dudar.

—Podría perder mi vida, podrían culparme.

—Cierra la puerta, haz el bien y que los demás no te hagan cambiar de parecer, porque es aún peor no ser capaz de reaccionar ante tu propia vida.

En cuanto terminó de decirlo, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia dentro de la sala.

—¡Mauricio!, el tablero eléctrico… ¿está apagado? —le preguntó parada de puntitas, mirando a Mau por sobre todas las cabezas que entraban en la sala.

—Está apagado, sí.

Mauricio desapareció de su vista y, en cuanto todos los participantes terminaron de entrar, se acercó a la palanca roja del arrancador. Luego comenzó a tirar de ella. Tiró una vez y no se encendió, luego otra vez, pero nada ocurría. Por fin tiró una tercera vez y el mecanismo se encendió.

Bianca había quedado de pie justo en medio de la puerta, al costado de la palanca roja. Desde ahí, los altavoces se escuchaban ligeramente.

—Número cuatro —llamó la presentadora.

Entonces hubo un breve silencio.

—¡Yo seré el siguiente! ¡¿Por qué nadie hace nada?! —gritó alguien.

Bianca dudó entre quedarse afuera o entrar.

Y en ese momento la puerta terminó de cerrarse.

¡De qué forma tan distinta transcurrirían hoy probablemente las revoluciones y toda la historia si los hombres continuaran siendo seres autónomos relacionados con un todo, tal vez como en la antigua Atenas, y no se sintieran tan desesperadamente aprisionados por su profesión ni por su horario, si no dependieran de mil imprevistos ni fuesen piezas de una maquinaria incontrolable, como si caminaran sobre raíles y estuviesen perdidos en caso de descarrilar!

Sebastian Haffner